



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 1.º de Mayo de 1913.

Núm. 18.

VACILACIONES

¿Qué dirían los correligionarios que me excitan á que siga hablando de política republicana, si yo les contestara que no sé ya qué decir?

Aun cuando mi memoria sufre eclipses lamentables, no se halla todavía en tal estado, que no me advierta siempre que me preparo á emitir una idea que creo acertada: «¡Pero si eso lo has dicho ya lo menos veinte veces, y nada has conseguido!»

Y como es verdad, desecho la idea aquella en el acto, aguardo con la pluma inmóvil entre los dedos á que se me ocurra otra, surge por fin en mi cerebro, voy á exponerla, y me encuentro con que mi memoria me nace la misma advertencia.

Y por esto pasa un número, y pasan dos, y tres, y á veces más, sin que yo hable ni una palabra de política republicana.

¡Oh tiempos aquellos en que decía cuanto se me antojaba, sin preocuparme gran cosa de que encajara bien ó mal! ¡Con cuánta razón os echo de menos! Simple opinión de un periodista, se acogía ó se desechaba lo que decía, sin grandes censuras ó con pequeños elogios.

Mientras que ahora, por el hecho de ser yo quien expone una idea cualquiera, se la analiza, se la discute, se la execra, ó se la aplaude en demasía, no habiendo yo dejado de ser lo que siempre fui, lo único que he querido ser, lo que soy y seré hasta que tome el portante hacia el otro barrio: un simple *periodista*. Y acaso no estaría mal colocar el adjetivo antes que el nombre.

Bien mirado, no deja de tener novedad y hasta gracia, esto de que haya necesitado yo pasar de los setenta años, para comenzar á sentir cierto miedo á lanzar ideas que creo justas, razonables y convenientes. Si me descuido, desaparezo sin enterarme de este detalle de la vida política, tan necesario para el sosiego, como influyente en la prosperidad del individuo.

Esto no obstante, y puesto que se anuncian nuevas, y parece que definitivas afirmaciones del jefe del llamado reformismo para uno de los días de esta semana, veré si en la próxima puedo decir algo acerca de lo que entre nosotros ocurre, aunque tenga que repetir la cantata eterna:

«Unámonos para ser fuertes, y pensemos en la patria antes que en nosotros».

Respuesta

Ha tardado ocho días en incubarlos, y á pesar de esto, no le han salido bien á *La Época* los comentarios á la protesta que formulé por el atentado al rey.

Dice en primer lugar, «que omite algunas consideraciones que le sugiere mi protesta». Si, como sospecho, se refiere á lo que hice con el autor del atentado de la calle Mayor, siento que no las haga, pues me daría pretexto para enorgullecarme una vez más de mi conducta. Yo no soy de la raza de los legales Cotarelos conservadores.

Afirma luego, que al decir yo que la muerte violenta del rey hubiera traído sobre España horrores sin cuento en estos instantes, «parto del error de suponer que hubiera determinado la venida de la República», cuando precisamente lo dije por todo lo contrario; por abrigar el convencimiento de que nos hubiera sido absolutamente imposible implantarla, dada la deplorable situación en que nos hallamos. Hubiéramos estado unidos en espíritu y en verdad, y nadie se me habría adelantado á gritarle á España: «¡Aquí estamos para salvarte!»

No; no me inspiró esa frase el temor á los enemigos: la lancé como el reproche más sangriento que dirigir podía á los jefes y caciques republicanos, que nos han traído á este estado de confusión horrible que nos condena á vergonzosa impotencia.

A renglón seguido dice *La Época* «que la consumación del crimen hubiera sido una inmensa desgracia para España, pero no habría alterado el régimen como no lo alteró la muerte de D. Alfonso XII»; argumento que haría sonreír por lo cándido, si no mereciera ser desdeñado por lo sofisticado. ¡Pues apenas hay diferencia entre la España de 1885 y la de 1913! Y nadie menos autorizado que *La Época* para hacer ese argumento, ya que es el órgano de su partido cuyo jefe cree perdida la Monarquía si no lo llama al poder.

Y termina de este modo:

«Pero, suponiendo que se hubiese proclamado la República, el Sr. Nakens dice que esto *habría hecho* que España eclipsara los horrores que *actualmente* ocurren en *Mejico*».

Esto es, á juicio del Sr. Nakens, lo que sería la República en España.

Estamos, por una vez siquiera, de acuerdo con el director de *El Motín*.

La vida está llena de desencantos. ¿Quién había de decirme, á mi que leo con gran cuidado ese periódico por considerarlo uno de los mejor hechos de España, que pudiese nunca apelar á recur-

sos propios de papeles neos, para tergiversar la verdad de las intenciones? Si España hubiera superado aquellos horrores, si ahora muere el rey. Pero hubiera sido por que los conservadores en nombre de la exregente, los liberales en el de la esposa de don Alfonso, los carlistas en nombre de don Jaime hubieran armado tal lío, que nos habría sido imposible á los republicanos, divididos y maltrechos, llenos de envidias y de odios, sin simpatías en el ejército, sin crédito, clericales en gran número, y, sobre todo, sin verdaderas agallas revolucionarias, haber dicho en los primeros momentos: «aquí nadie corta el bacalao más que nosotros.» Por esto, por esto lo dije. Unámonos de veras, busquemos medios para cumplir nuestro deber de patriotas, y ya veremos quien se me anticipa á gritar: «¡adelante! ¡adelante!»

¿Que ha estado una vez siquiera de acuerdo conmigo? No una, muchas. Como yo lo estoy con él siempre que se olvida de que debe escribir disciplinada y constantemente en conservador. Sin ir más lejos, ya habrá visto que en el número pasado reproduje un artículo suyo, que no hubiese tenido inconveniente en firmar, salvo el párrafo aquél en que hablaba de Dios.

Y esto me confirma en una idea, que tengo muy arraigada.

Si fuera posible llegar un día al imposible, de que cuantos hablamos ó escribimos lo hiciésemos con sinceridad completa, se vería que casi todos (á cierta altura, claro es), coincidíamos en casi todo; pero como esto resultaría á la postre aburrido, y para algunos ruinoso, dejemos la cosa como está, y seguimos considerándonos enemigos irreconciliables.

Esto me lo ha enseñado la experiencia. No me he puesto al habla con ninguno de los que he combatido, que no haya estado conforme conmigo en el fondo, ó no haya, por lo menos, envidiado la independencia con que escribo, y que me permite repetir:

«Sí; coincido muchas veces con *La Época*. ¿Por conservador yo? No. Por revolucionario él. Como que los conservadores son los mayores revolucionarios de España. ¿Qué acto más revolucionario que el de Maura,

cantando al trono en Enero las verdades del barquero, acto que tan aplaudido fué por *La Época*?

En todo lo demás que dije en mi protesta, me afirmo y ratifico.

Condené el atentado como hombre, porque todo asesinato merece mi reprochación, sea la víctima quien fuere. Por algo no soy clerical.

Lo condené como político, porque nada se resuelve con asesinar reyes: á rey muerto, rey puesto. Los reyes deben ser juzgados y condenados por el Pueblo en revolución, como Carlos I en Inglaterra y Luis XVI en Francia.

Y lo condené como español, porque, partidario decidido de una revolución honda, dura y justiciera, sentí la muerte viendo á mi patria aniquilada por sostener mezquinas luchas de bandería, que dieran pretexto á otras naciones para repartírsela, como derean.

Un pueblo en revolución impone respeto á los demás. Un pueblo en luchas de oligarquía excita la codicia de todos.

Y yo quiero ver á España en plena revolución con la mirada fija en el porvenir, no en lucha de facciones por disputarse el presente, haciendo así posible el recrudescimiento del pasado.

JOSÉ NAKENS

SINCERIDADES

Se ha dicho estos días que la Conjunción Republicano Socialista iba á desbarcarse por disentimientos irreductibles entre los elementos que la integran. *El Socialista* lo ha negado.

Podrá subsistir, como afirma este colega; pero no puede negarse que de poco tiempo á esta parte no es más que una ficción, como nuestro régimen constitucional, como nuestro Parlamento, como la responsabilidad ministerial y judicial, como los titula los partidos saguntinos.

Para conseguir dos objetivos se constituyó la Conjunción. Uno impedir á toda costa y por todos los medios la vuelta de Maura y Cierva al poder. Otro restaurar la República, porque en España, se afirmaba, la monarquía es incompatible con los principios de la democracia y del liberalismo, incompatible con el derecho político moderno.

¿Puede la Conjunción mantener estos objetivos, persistir en realizarlos cuando elementos valiosísimos de ella proclaman que el más elevado representante del régimen, que el rey está muy bien orientado, no ya en la política internacional, sino en la política interior? Esta afirmación ¿no destruye el objetivo principal de la Conjunción? ¿No niega la tesis de la incompatibilidad entre la monarquía borbónica y las reformas cuyo programa tiene inscrito en su bandera la democracia?

Sinceramente no puede negarse, y está en lo cierto *El Correo*, el órgano de Urzáiz, al afirmar que también es una ficción la Conjunción.

¿Es que se quiere mantener ésta á pesar del disentimiento en lo fundamental, en el objetivo principal que se propuso conseguir al constituirse? Pues dígame que ha cambiado de objetivos. Dígame que no es la misma Conjunción, sino otra que persigue fines distintos y en cierto modo antitéticos á los que motivaron su constitución. Dígame que el pro-

grama de esta Conjunción difiere del que se reducía á impedir la vuelta de Maura-Cierva y á restaurar la República.

¿Cómo mantener más tiempo el equívoco?

España está enferma de ficciones, desde la ficción religiosa hasta la ficción económica. Fuera de la sinceridad no hay salvación, no hay sino la agravación de todos nuestros males, la caída definitiva, la muerte en el padrido de la mentira. Y para rendir culto á la sinceridad, es preciso confesar, ó que la Conjunción ha cambiado de objetivos ó que es una ficción.

El Mercantil Valenciano.

De acuerdo

Varios periódicos han publicado un artículo de Hermógenes Cenamor, en el que relata lo que le dijo Estévez al visitarlo en París. En él encuentro estos párrafos:

«España tiene que hacer una revolución hondísima. Los revolucionarios españoles perderán el tiempo si sólo tratan de derribar la monarquía. Se precisa otra revolución dentro del campo republicano; hay que arrinconar á tantos incapaces, que se negarán en el momento del peligro á aceptar las responsabilidades necesarias.»

El maestro habla raposado, convencido, sin alteraciones en la voz. Hay una corta pausa, que él rompe:

«Solamente así se salvará España. Es necesario que abandone á un lado del camino á todo lo caduco, á todo lo viejo á todo lo que esteriliza con temores ridículos, con ideas anticuadas el esfuerzo de las nuevas generaciones...»

Otro que cree que el derribar la monarquía por sólo derribarla, sería contraproducente, y que debemos apagar el incendio en nuestra casa antes que correr á derribar la de enfrente.

“Cruz Roja Republicana”

Voy leyendo con atención la lista de donantes que para esa obra filantrópica en que Nakens hizo cristalizar la iniciativa de un homenaje á su persona, publica semanalmente *El Morín*.

En la lista inserta en el número correspondiente al del que cursa, la suma y sigue se cierra con la cantidad de pesetas 1714'17. La cifra parece, no parece, resulta y es irrisoria.

Debería ya lo recaudado alcanzar á 15 ó 20.000 pesetas si á todos los que pueden se les hubiera movido el corazón.

Repasando la lista de donantes no he visto más que nombres de humildes correligionarios y cantidades modestas, que tienen un valor inestimable, porque representan abnegación y hasta sacrificio.

Los conspicuos republicanos en esta ocasión, como en algunas otras, se han llamado *Andana*.

No quiero suponer en ninguno de ellos dureza de corazón; no lo creo. Me decido á decir que culpa de todo ello es que la

prensa republicana—salvo contadas excepciones—no ha dado viento á la suscripción para arbitrar fondos con destino á la *Cruz Roja Republicana*, bautizada así por el maestro Nakens.

En beneficio de la filantrópica y altruista idea que se persigue, creo que debe ponerse remedio á ese mal. los periódicos popularizando la *Cruz Roja Republicana*, los Centros, las Logias masónicas, todas las entidades de carácter progresivo. abriendo suscripciones parciales con destino á la general.

Que por falta de facilidad no haya nadie que hurte el cuerpo ni cierre el bolsillo al cumplimiento de un hermoso deber de solidaridad.

Hay presos, hay emigrados, hay huérfanos que de sus hermanos en ideas esperan apoyo material en su aplicación.

A todos llamo y á todos excito. Constitúyanse los voluntarios en recaudadores de donativos para la *Cruz Roja Republicana* ó mejor aún, hagan que los Centros á que pertenecen nombren ese recaudador.

Y, por último, una idea y un ruego á los organizadores de la jira al Coll en 1.º de Mayo próximo.

¿Por qué no organizar en aquella fiesta de confraternidad una colecta para los que carecen de libertad, para los que no tienen pan y para los que sufren las amarguras de la expatriación?

Si la jira se lleva á cabo, como creo, vamos á ser 20 ó 25 mil los asistentes...

Y á perra grande cada uno... podemos poner un hermoso remate á la fiesta, completando con una nota altruista, la significación del acto.

CRISTOBAL LITRAN

Querido Litran: Todo lo que usted dice lo venía yo pensando, más no quería soltarlo aún; como tampoco me atrevía á entregar á Menéndez Pallarés, Salillas, Ureña y Niembro esa miseria, para que comiesen á funcionar.

No me arrepiento de haber lanzado la idea; más declaro que no debí lanzarla, después de esto que me ocurrió en 1914.

El catedrático Pedro Loperena, director de *El Ideal* de Gerona, fué condenado en Noviembre de 1904 á ocho meses de cárcel por delito de imprenta.

Julio Pífrer escribió un hermoso artículo pintando la impresión que recibió al verlo en el calabozo sin recursos de vida, y yo abrí una suscripción para él y demás periodistas presos, que puse bajo el amparo de Miguel Moya, ese noble corazón siempre puesto al servicio de toda iniciativa generosa.

Como apenas nadie respondía (creo que llegaron á *El Liberal* hasta trescientas y pico de pesetas, que se entregaron á unos cuantos desventurados periodistas), escribí el 4 de Mayo de 1905 esta carta á Miguel Moya:

Suscripción cerrada

Sr. D. Miguel Moya.

Mi querido amigo y compañero: Ruego á usted que anuncie en *El Liberal* que la suscripción en favor de los periodistas presos se ha cerrado. ¿Para qué mantenerla abierta, si apenas nadie responde?

De sospecharlo, á buen seguro que no la hubiese amparado yo con su nombre

prestigioso. ¿Pero quién había de creer que solo se reunirían unos centenares de pesetas? Para celebrar un baile en cualquier círculo republicano se recaudan más; ó para comprar palomas que soltar con lacitos azules al cuello al paso de cualquier personajillo; ó flores; ó faroles y percalinas. Y no hablo de banquetes, meriendas, jiras etc. Me guardaría bien de desmentir al que asegurara que nos habíamos comido la República, es decir, gastado en vituallas el dinero preciso para traerla.

Este fracaso ha acabado de convencerme, amigo Moya, de que continúo siendo el romántico de siempre. De haberme fijado un poco, no habría abierto la suscripción. Indudablemente no se dijo por mí aquello de: «la experiencia es madre de la ciencia».

Lo peor aquí no es el fracaso: es la fe que quita, las esperanzas que mata. ¿A dónde ir con gentes que sólo piensan en sí propias? La abnegación y el sacrificio son el complemento del valor. El ¡sálvese el que pueda! jamás ganó batallas.

En todos los tiempos y en todos los pueblos, salvajes ó civilizados, la nota más característica de las guerras ha sido el empeño en recoger los heridos, y hasta los muertos. Se perdía la acción, pero los fugitivos se detenían, exponiéndose á morir, para salvar á los que habían caído. Hoy mismo está ocurriendo en la Mandchuria.

Nosotros, los republicanos, no nos cuidamos de tales pequeneces... Cae en la lucha uno de esos centinelas avanzados del progreso que se llaman periodistas; y ¿qué? ¿caso no dan rancho en la cárcel y en el presidio? Además, ¿por qué exageró la nota? (Y esto lo dicen los que, si los periodistas no se apasionaran, jamás se hubieran visto eñogados). Si pasa sobre el caído el escuadrón del hambre, ó la bataría de la miseria, y lo descoyuntan, lo des hacen, lo trituran, ¿qué importa? Ya se dijo en la antigüedad: «¡Ay de los vencidos!»

Es triste verse forzado á hablar de esta manera; pero lo es mucho más el no poder hablar de otra.

Santa Teresa definía así el infierno: «Lugar donde no se ama». Sería desconsolador tener que aplicar un día esa frase al republicanismo, uno de cuyos lemas es la fraternidad.

Ya sé lo que dirán muchos: «entre los republicanos abundan poco los hombres de buena posición». Afortunadamente. Y digo afortunadamente, porque sería peor que todos fuesen ricos. Salvo contadísimas excepciones (tres ó cuatro), los que más tienen entre nosotros son los que menos dan. Siempre ha ocurrido, y en esta ocasión también. Un mil onario de Madrid ha entregado diez pesetas para los periodistas, un banquero de Sevilla otras diez. Esto es más censurable que no dar nada. Los que se han hecho los distraídos, quedan expuestos á la crítica: los dos manirotes se ñores se han resguardado con el pararrayos de doscientos perros chicos. La conducta de aquéllos pueden indignar; la mezquindad de éstos hace escupir.

Y no cansando más, y pidiéndole, querido Moya, que me perdone el haberle hecho interverir en empeño tan desgraciado, me repito de usted afectísimo amigo y compañero, J. N.

Cuando se me ocurrió lo de la Cruz Roja, no recordé nada de eso. Tergo la ventaja de que se me olviden pronto los detengaños que llevo y los agravios que

recibo; sin esto me habría retirado de la política tiempo há.

Al buscar en las colecciones hace cinco ó seis semanas artículos para la edición de *Fiambrés*, tropecé con este incidente, lo comparé con el de ahora, y me dije: «Está visto; no variamos en nada. Habrá que cerrar también esta suscripción, diputando por héroes de la abnegación á los que á ella han contribuido. Aguardaré hasta fin de Mayo á ver si se anima, y si no, golletazo. Entregaré lo que haya á los indicados señores, para que lo distribuyan en la forma que crean conveniente, y colorín colorado.»

¡Y vivan la Solidaridad y la Fraternidad Republicanas; y que los periodistas que caigan en adelante presos, oigan desde sus cárceles, como los correligionarios que emigren desde el extranjero, los vivas que lancemos al final de nuestros tanquetes por que tal jefe ha pronunciado un discurso, tal cual charlatanzuelo ha obtenido un acta de diputado á Cortes, y éste insignificante una de concejal; y así podrán envanecerse de haberse sacrificado por un partido de hombres abnegados, agradecidos y...

Cortemos aquí, porque tal vez iría en este tema más allá de donde pienso, y aguardemos hasta fin de Mayo á ver si algún inesperado sacudimiento de la conciencia republicana me obliga á rectificar estos renglones y arrepentirme de haberlos escrito; y si esto no ocurre, cerraré la suscripción, dando mi más sentido pésame al partido y enviando mi felicitación más entusiasta á los que á ella contribuyeron.

Y en paz, y equivocándome siempre que pienso bien.

Los apostatillas

Son más decentes siempre los que figuran en los partidos monárquicos desde que nacen á la política, que los republicanos que se pasan á la monarquía.

Son más avanzados los que siempre fueron conservadores, que los liberales que se unen á ellos.

Y son menos indignos los que siempre fueron católicos, que los anticlericales que se les agregan para medrar.

Y digo todo esto, á propósito de la conducta observada por Rodríguez Marín con Alcar, en las oposiciones á la cátedra de literatura de Barcelona, votando en favor de un insignificante sin mérito alguno, sólo porque era clerical.

¡Qué servilismo y qué rebajamiento en un hombre que, sin la viva campaña de la prensa avanzada no hubiera alcanzado el alto puesto que ocupa de director de la Biblioteca Nacional, apoyo que debió rechazar, ya que tan clerical y tan reaccionario se sentía!

La prensa liberal y la republicana debe estar pesada de haberle ayudado contra el catedrático Sr. Menéndez Pidal, que se indicaba también para aquel car-

go, y que ha demostrado después ser más tolerante, más hombre de su tiempo y más justo que el renegado republicano.

J. N.

Consideraciones

V

Un partido político es... un partido político, diría el Sr. D. Pero ó D. Pedro Grullo. Un partido político, aquí y en todas partes, es fuerza regida y mandada por caudillos, en unos casos con intervención y fiscalización de la masa soberana, en otros sin ella.

Por esto en los partidos políticos la ambición individual es una fuerza positiva, y conste que ambición no es farsa, ni ansia de notoriedad, ni exhibicionismo. El toque está en que la ambición personal sea noble y legítima; esto es, que vaya acompañada de un mérito positivo y de una actividad útil y tenaz.

Yo no sé lo que pasará ahora dentro del partido socialista español; si digo que en tiempo la ambición era mirada como pecado mortal y que todos procuraban hasta recatar su nombre.

El temor de que un hombre—ó varios hombres—se impusiera á todos y llegase á ser como dictador ó caudillo, inspiró la suspicaz moral de la Internacional, que no toleraba firmas al pie de los artículos periodísticos, que hasta daba con iniciales los nombres de los oradores en reuniones de propaganda y controversia.

Constituido el partido perduró la moral, tanto, que en los primeros estatutos «públicos» de la agrupación madrileña se eliminaba del Comité el cargo de presidente, y si no mienten mis recuerdos, se prevenía que ningún «intelectual» pudiera ser miembro del dicho comité.

Y cuando se publicó *El Socialista* siguió dominando el criterio de eliminar firmas, y el aplauso, el elogio al correligionario, aun siendo de justicia, se los redujo al mínimo, ya que no se les eliminó en absoluto.

Ciertamente que aquella moral se ha quebrantado, llegándose en tiempos incluso á las presidencias honorarias, mas siempre el núcleo de excelentes luchadores careció de toda ambición personal, estuvo unido con la exhibición, se recluyó voluntariamente en el anónimo.

Lo opuesto á esta conducta de renunciamiento es un mal—y ahí están para probar los otros partidos populares divididos y fragmentados no por la ambición, sino por la vanidad;—pero un mal grande fué esta modestia excesiva, este renunciamiento absurdo que, con todo, no ha evitado por completo las idolatrías. Como que estas idolatrías son tan inseparables de los partidos políticos como la sombra del cuerpo!

Las ideas valen más que los hombres, pero como las ideas valen por los hombres, un partido político necesita hombres noblemente ambiciosos, ávidos de renombre y de aplauso, gansos de po-

pularidad y de prestigio, tenaces, activos, emprendedores, l'enos de iniciativas, con lo que, claro está, no nos referimos á los pobres vanidosuelos, faroleros y danzantes.

Un partido político crece, prospera, triunfa y se engrandece por sus hombres y al par de ellos, y estos mismos hombres, al subir y al adquirir responsabilidades, ganan porque se educan y capacitan, mientras que á los recluidos por su voluntad ó por el ambiente en el anónimo, como no sea la austera noción del deber nada les fuerza á elevarse cada día intelectualmente...

Es posible que el socialismo español se haya curado ya de este defecto grave; en su poco desarrollo—poco relativamente—tiene no poca parte de culpa.

J. J. MORATO

Otro menos

Acaba de morir Marcos Zapata, el poeta aragonés que cantó con brioso acento netamente castellano la patria y la libertad.

Me unió á él amistad estrecha desde que lo conocí en aquel nido de inteligencias formado en el café Suizo allá por los años 1867, 68 y 69, y al que acudían todas las tardes Roberto Robert, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Sánchez Pérez, Eduardo Inza, Eduardo Saco, Ulpiano Segarra y Balmaseda, Florencio Moreno Godino, Manuel Fernández y González, Enrique Pérez Escrich, Federico Moja y Bolívar, Eduardo del Palacio, Eduardo Lustonó, el grabador Bernardo Rico, los dibujantes Pellicer y Vallejo, y otros cuyos nombres no recuerdo en este instante.

Grandioso Zapata en sus concepciones, elegante en el decir, rotundo en la frase, lo mismo en sus producciones teatrales que en sus poesías líricas, se distinguía por su virilidad hidalga y por su elegancia clásica. Locuaz y ameno como pocos, hiperbólico y soñador cual ninguno, poniendo siempre al mal tiempo buena cara, encantaba su trato familiar. Arrastró vida accidentada en la parte económica, y estuvo en Cuba y Buenos Aires.

A continuación reproduzco algo de lo que nos dijimos cuando dió al teatro su última obra, *María Teresa*, y que pinta mejor que pudiera hacerlo yo el estado de su espíritu literario en estos últimos tiempos.

La última vez que lo vi salía del cine de la calle de Cedaceros: le pregunté si hacía algo, y me contestó:

«Para qué, si son muy pocos ya los que entienden el lenguaje de la patria y la libertad? Antes de diez años habrá ido á aumentar el catálogo de las lenguas muertas. Convénzete, chico; nuestro tiempo ha pasado. Es decir, el mío: el tuyo no; tú sigues como empezaste, y conservas una fe que perdí hace años. Cree que te vido de veras.

Nos despedimos y no he vuelto á verle.

Mi sentido pésame y mi respetuoso saludo á la noble y abnegada mujer que pasó á su lado la vida.

A Marcos Zapata

Bien, muy bien. Tu *boceto* dramático *María Teresa*, estrenado en el Español la noche del martes, fué digno de tí; por lo bien escrito, y porque continuas como empezaste: defendiendo la libertad y combatiendo el clericalismo.

Te aplaudí con ganas: no quise quedarme atrás. ¡Porque cuidado si le dieron bien á las manos todos!

Aquel fraile que induce á un sobrino suyo á meterse en un convento para librarse de ir al servicio militar, por lo que tiene que ir en lugar suyo un muchachote tan bueno...

Aquella falsificación de documentos, ideada por el supradicho capucha, para que su sobrino, ya fuera del convento, se casase con la novia del otro, que estaba en Filipinas...

Aquella muchacha que se entera de la traición de que ha sido víctima y de que su novio vive, cuando ya está casada...

Los planes siniestros que forjan el tío (en todas las acepciones) y el sobrino, para impedir que el militar vea á su exnovia, cuando se enteran que ha desembarcado en Barcelona...

Todo esto es tan realista, ha ocurrido con tanta frecuencia, que no te habrás devanado los sesos para inventarlo. Una de las mayores infamias de las últimas guerras fué esta: que se sacrificaran los trabajadores que no tenían 1.500 pesetas, mientras se libraban los gandules que se metían en los conventos.

La escena de la madre y la hija es magistralmente intencionada; y hermosísima aquella en que el ausente entra y ve á la que amaba. ¡Y cómo está escrita! Hubiérala yo escuchado sin saber que la obra era tuya, y habría exclamado: «Eso es de Zapata.» Ya viste que el público la coreó con sus aplausos. ¿Y cómo no?

Al entrar el fraile con aquellos guardas de campo, para prender al que se batió en Cavite porque momentos antes había matado en justa defensa al marido de su novia, que lo acechaba para asesinarle, ¡qué sacudida tan honda la del público!

¿Y el final, cuando la infortunada joven, al ver muerto á su esposo y en camino de presidio á su exnovio, coge un cuchillo y venga á la sociedad matando á aquel *bribón* de fraile? El público rompió á aplaudir frenéticamente, y yo... yo sentí el escalofrío de las grandes emociones.

Al día siguiente vi que algún periódico lamentaba que tú, tan artista, hubieras buscado efectos halagando á las masas, y que otro hablaba de recursos de la antigua escuela. Y tenían razón ambos. No lo olvides para cuando escribas otra obra.

Si; estás un poco desorientado, querido Zapata. Al marcharte á América dejaste aquí un pueblo de hombres (aunque de talla reducida ya), y no te has fijado al volver en que hoy predominan los *estetas*. ¿Me preguntas que significa esta palabra? Oye mi definición:

«Séres híbridos que se parecen al hombre en la forma y á la mujer en sus aficiones. Se dividen en materiales, morales é intelectuales.»

No puedes sospechar de cuantos apuros saca esa palabra á los hombres que quieren hablar de *esos* otros que á ratos lo parecen.

Pues bien, Marcos: los estetas intelectuales abundan mucho, y ellos son los que se escandalizan de todo lo que no se acomoda al patrón de mojigatería en que quieren encerrar el arte y la literatura. Toda verdad les asusta, y todo arranque viril les altera los nervios. Transigen con la inmoralidad que reza, no con la honradez que se cruza de brazos ante la farsa religiosa que se representa hoy.

Sigue por ese camino, que puedes hacer mucho, aun cuando todos los críticos con vistas posteriores al jesuitismo, y que blasonan de demócratas, se lamenten de que emprendas tales rumbos. Algunos de los que te critican, es posible que lo hagan á instigación de su religiosa señora, que estaría acaso, á furto suyo, con un fraile, mientras él asistía á la representación de tu varonil boceto.

Sigue, ya que conservas los acentos robustos que enloquecieron al público de los tiempos de la revolución del 68, con tu *Capilla de Lanuza*.

Y recibe un abrazo muy fuerte, del que se hubiera honrado dándotelo ante aquel público que te aclamaba, admirado de encontrar todavía poetas machos por entre la morralla de literatos enclenques que piden al alambicamiento de la frase ó al equivoco pornográfico los efectos que tú encuentras en la entonación robusta que la patria y la injusticia social arrancan de los cerebros potentes.

Pero ya que no te pude dar el abrazo allí, recíbelo aquí de

JOSE NAKENS

28 Junio 1902.

De amigo á amigo

Querido Pepe: No te asombre mi silencio ante la carta que en forma de artículo me dirigiste en tu popular semanario, pues ella ocasionó al principio en mí conturba lo espíritu los efectos de una gran dosis de cloroformo, y más tarde, como un dulce despertar á lo Fausto, sintiéndome restaurado y rejuvenecido por los viriles acentos de tu robusta voz, la que desde aquel lejano «Compromiso de Caspe» me acompaña fraternal y generosa, prestándome de continuo su prestigio, su autoridad y su fuerza.

Es necesario que confieses, amigo Nakens, que tu acerada pluma que ha sabido derribar tanto *idoio* falso, pierde muchas de sus naturales energías en pre-

sencia de un antiguo compañero, y que tu inflexible crítica se suaviza y amansa y tórñase por extremo benévola y complaciente, cuando se someten á tu elevado examen producciones intelectuales de algún *rezagado* de aquella generación, ya casi extinta, á la que pudiéramos llamar con orgullo, *generación de la España con honra*, y de la que has sido tú, aunque al proclamarlo ofenda tu modestia, uno de sus más brillantes ornamentos.

Que te has mostrado conmigo en esta ocasión excesivamente blando, pruébanlo varios artículos y sueltos tuyos, que todavía conservo en mi poder, porque ellos constituyen para mí honoríficos diplomas profesionales.

Que en tu reciente carta, motivada por la representación de mi boceto dramático *María Teresa*, has continuado dispensándome tus favores, es cosa que salta á la vista.

Si no fuera así, querido Pepe, si no te cegara el cariño que de antiguo nos profesamos, ó, quizás, el espíritu de secta que tan férreamente nos liga, ¿hubieras dejado de advertir en *María Teresa* los defectos capitales que notó *Caramanchel*, y eso que el tal llegó muy tarde al estremo, según confiesa este émulo de *Fíguro* en la revistaja que adjunta te remito?

Pero hablemos, si te parece, del tema principal de tu carta.

Comienzo por declarar que existen algunos jóvenes *caritativos*, no muchos afortunadamente, que sienten horror por todo lo viejo y en especial por los veteranos de la literatura que no se quieren morir todavía.

¿Qué necesidad, amigo Pepel! Como si nuestros nietos no se encargaran de vengarnos! ¿Cómo si hubieran arrancado ya del camino del Hospicio aquel famoso banco en que vinieron á descansar el padre y el hijo!

¡El desprecio por todo lo viejo!

No hablemos de un Cervantes: Cervantes fué un *congrio*.

¿Pues y Quevedo? Quevedo un *percebe*.

Así califican á tales colosos los tales liliputienses.

¿Qué consideración hemos de merecerles nosotros, y yo en particular, pobre media cuchara, cuando así blasfeman de las estrellas del Parnaso español?

Lo que es yo, como no me asesinen materialmente, me daré por muy contento.

Porque... ya al ente moral literario le extendieron piadosamente la partida de óbito y le prepararon la mortaja y le cavaron la sepultura; pero el indisciplinado muerto da en la flor de resucitar de cuando en cuando con el gracioso propósito de ver cómo andan las *letras* por la *redimida* tierra del *congrio* Ayala ó del *percebe* Castelar; y es tal su satisfacción cada vez que abandona su lecho funerario ante la espléndida perspectiva de la vida moderna, que si no sucumbe de veras, es por no darle á la Sociedad de Escritores y Artistas el disgusto de que le pague tan pronto el entierro.

¡Ah, Nakens amigo! Te lamentas en tu nobilísima carta del turbión de estetas que se nos ha venido encima!

¡Y tanto! Mas hay que señalar también otra importante especie: la de los *hipócritas*.

Y éstos y aquéllos, cuando de religión se trata, se hacen *luisos* á fin de conquistar devotamente las seráficas pesetas; cuando de política, procuran meterse á todo trance en el *comedor* de D. Práxedes, camino seguro para lograr una credencial; y cuando optan por la literatura, se dirigen al cultivo del género chico invocando la valiosa protección de Sinesio Delgado, que es hoy el único mortal que posee las llaves del cielo, léase del trimestre.

Pero ¿á qué proseguir? ¿Qué podría ocurrírseme que no se halle ya expuesto en tu valiente artículo con aquella varonil entereza y sobriedad de expresión que han hecho que tu estilo recuerde á menudo el de Tácito?

Recibe, querido Pepe, las gracias por tu hidalgo proceder y dispón siempre de tu viejo compañero, amigo y admirador.

MARCOS ZAPATA

17 Julio 1902.

De ídem á ídem

Querido Marcos: Me complacen tus elogios y tomo pretexto de tu carta para charlar un rato en público contigo.

Te apena el ver cómo tratan algunos literatos de hoy á Cervantes, Quevedo Ayala, etc. ¿Y por qué te apena? ¿Pobrecillos! ¿Si no saben leer sus obras!... Si se les pidiera á los sapos su opinión acerca de las águilas, como *esos* hablarían.

En cambio, si á los grandes genios censurados se les exigiera emitir juicio sobre *esos*, exclamarían con Heine: «Sembramos dragones en el campo literario, y nos han salido pulgas».

Porque eso son, y nada más: pulgas, Saltan de un libro á otro (de los que se publican ahora), chupan algo de su sustancia, y de eso viven. Sus picaduras molestan; ¿mas quién se indigna con las pulgas?

No tienen tampoco otros medios de hacerse notar, que el desenfado y el aplomo con que sostienen sus paradójicas burradas. La extravagancia en literatura suple entre los tontos á la originalidad.

Pero, anda, que si desdeñan á los grandes hombres (Victor Hugo es uno de los que más desprecian), en cambio no son bombos los que se atizan. Cada vez que uno de esa República de Andorra de las letras hilvana un librito, (por el procedimiento que las familias cursis hacen colchas, con retazos de todas las telas), hay que temblar: no queda periódico que no embadurnen con el cartel-elogio; elogio cual nunca se hizo aquí de obras importantes. Y como el vulgo es más necio aún de lo que el propio Lope de Vega (otro animal para *esos*) creía, ano-

ta en la lista de los genios al ciudadano del librito, y cádate uno más. Cierto es que en esto la prensa es desapasionada: lo mismo contribuye al renombre de *esos*, que al de *Garibaldi*.

Estás muy tonto al decir que elogio lo que haces por cariño ó espíritu de secta. Preséntame un poeta más brico que tú para cantar los grandes ideales de patria y libertad, y lo elogio: é más que á ti. Lo único que hago yo con *los amigos* (pocos ya por cierto) que se equivocan en literatura, es callar. Cuando los aplaudo, es porque lo merecen.

No tengo tiempo; mis curas y mis frailes, á quienes algunos de *esos* besan la mano y vuelven la espalda, y el deseo de contribuir á la venida de una República viril que barra tanta basura como el clericalismo ha arrojado sobre España, me impiden ocuparme en cosas de literatura; de lo contrario, daría algunos disgustos. Ya les probaría á *esos* que son los genuinos representantes de esta España decadente, afeminada...

Y siéndolo, ¿cómo extrañar que al dar tú una obra, chica ó grande, de propaganda anticlerical, se indignen los partidarios de la propaganda por el hecho, *estéticamente* hablando, y te traten con displicencia los otros? El que no cobra de los jesuitas para servirlos en estos casos, está contagiado de excepticismo, y no puede, por lo tanto, sentir las nobles ideas que tu has cantado y cantas aún como ninguno aquí.

¿Qué saben tampoco de amar como el protagonista de tu boceto, los que creen dispensar un favor á la mujer á quien le ofrecen su blanca mano?

¿Qué, de lo que ennoblece el luchar por la patria, como él luchó, si se libraron del servicio por unas pesetas ó por enclenques?

¿Cómo van á creer que un fraile comete infamias, cual el de tu obra, si siempre vieron á todos tan cariñosos con ellos?

¿Cómo indignarse por los crímenes á que la sed de dinero da ocasión, si sólo han respirado en la atmósfera de los últimos 25 años, saturadas de inmoralidades?

A veces me siento inclinado á compadecer á los jóvenes de hoy, por lo que ven; y más aún, por lo que no han visto. Mas de esto hablaré otro día.

Une á lo de que no sienten ni pueden sentir esas ideas, el que tú las expresas en tonos tan altos, tan nobles y en lenguaje tan robustamente castellano, y comprenderás que no hay medio de que te entiendan.

Verdad es también que la patria que tú cantas, no es la de los tenderos que ante la posibilidad remota de que los yankis pudieran acaso pensar en venir á España, prepararon las tábanas de sus lechos conjugales para izarlas como bandera de paz. Y *esos*, no han visto otra patria.

Como tampoco la libertad que tú amas, es esta que hoy disfrutan en España los ladrones para robar, los frailes

para sodomitizar y los políticos para encanallarse. Y *esos*, no han conocido otra libertad.

Todo esto quiere decir, querido Zapata, que estás como poeta pasado de moda, de igual manera que lo estoy yo como político. Dljate, pues, de ensalzar nobles ideales, y ponte en condiciones de ganar dinero en el teatro sacando á escena chulos, golfos, toreros y palilleras, y haciéndoles hablar, no su lenguaje, pasadero aunque inlecente, sino el que se aprende en libros afrodisiacos para uso de viejos que estén ya como muchos jóvenes *luses*... Y lo ganarás ¡vaya sí lo ganará!

Pero, no, poeta de ideales, si no muertos, adormecidos: sigue el camino de siempre, y perdóname este insulto que la ironía ha puesto en mi pluma. Y créeme que siento en este instante que no haya por esos espacios ilimitados un punto en que pudieran reunirse los hombres que honraron á su patria, para que al encontrarte un día por derecho propio confundido con ellos, pudieras decirles:

«Dijo á España, la que vosotros enalteceis, entregada en lo político á los incapaces, en religión á los frailes, en lo económico al hambre y en literatura á los que reniegan de vosotros, porque no pueden admirar lo que hicisteis, al igual que el topo no puede apreciar la luz.»

Sie npre tuyó.—J. N.

26 Julio 1912.

¡Ahí está el enemigo!

Lo dijo en Francia Gambetta, y aquí lo escribió Picón, y ha hecho de él recientemente un drama Pérez Galdós.

Pepe Nikens lo fastiga con admirable tesón desde que á la vida pública su talento consagró.

Ora gran pluma, la pluma de un Alfredo Calderón (el capitán general de los periodistas de hoy)

lo ha descrito y lo ha pintado con tal verdad y color, que no hay diablo en los infiernos que resista el parangón.

Entre las mayores plagas del territorio español, él ha sido, sin disputa, la primera y más feroz.

Mares de sangre ha vertido ¡el santo nombre de Dios!... ora como *trabucaire*, ora como inquisidor.

Siempre ante todo progreso mostró ciega oposición, y pareciéndose al buho huye de la luz del sol.

Díse el *reclamo* del púlpito al puntero de la unción, no hay cosa que no utilice y que no vuelva en su pro.

Si á los borregos de Cristo les presta su dirección,

es el lobo del rebaño disfrazado de pastor.

¿Que le brindáis vuestra casa? ¡No hay torpeza más atroz! ¿Tenéis familia?... ¡O! desune! ¿Tenéis caual?... ¡O! robó!

Pues donde posa sus alas ave de tal condición, sólo medran á su sombra la miseria y el dolor.

¡Guerra, guerra á ese enemigo que devora á la nación, vampiro de nuestra sangre, mengua del suelo español!...

¡Todas las fuerzas políticas, en la más estrecha unión, acudan á la pelea sin demora y con valor!...

¡Caiga el común adversario, que inspiró un libro á Picón, y un gran discurso á Gambetta y un drama á Pérez Galdós!

MARCOS ZAPATA

26 Julio 1902.

FLOCKS SCOUTS

Un suelto de la sección de deportes del *Heraldo* me enteró de que mi última crónica acerca de los rebaños de muchachos denominados «Boy Scouts» ha producido penosa impresión, y me acusa de no haber interpretado de buena fe la institución de los exploradores. Esto último es extraño, porque los organizadores de las tropas de «escuchas» («scouts») pueden encontrar de este modo un empleo, una fuente de ingresos ó una gran cruz; pero los que ponemos reparos á tan flamante método educativo, nada vamos ganando; nuestra mala fe es, por consiguiente, gratuita; nada tiene que ver, además, con los artículos periodísticos de administración.

La *Epoca*, diario conmigo el más cortés, me acusa de opinar como la Institución Libre de Enseñanza. No sé si tendré esa fortuna. Pero sólo con la Institución, me atrevería á disentir de la opinión de mi ilustre amigo Gristóbal de Castro, del Sr. Sáinz de Aridino, de Ruiz Ferry y, si me apuran, hasta de mi homónimo Luis Zúñiga. Por otra parte, en eso de hallarme solo contra todos, no habría absoluta novedad, ni fuera bien siempre verme acompañado.

Don Mauricio Jalvo, qu'en ya tuvo antaño la bondad de enviarme un anuncio de sifones de hormigón para obras de saneamiento, cuando la imposición de multas, ha tenido ahora la dignación de remitirme la cartilla de los «Boy Scouts». Me pide que me fije en que no se trata únicamente de hacer soldados, sino ciudadanos, y copia las palabras de Biden Powell: «Se busca una adaptación de la vida «montaraz». La lectura del interesante folleto corrobora mi primera impresión: se trata de una institución montaraz. He aquí lo que, con tratados ó sin tratados de urbanidad, conocidos ya de nuestros abuelos, me parece un error pe-

dagógico, como todas las imposiciones dogmáticas.

Observa la al pie de la letra esta cartilla, los niños serán, en el caso más afortunado, creyentes, disciplinados, patriotas y bravos; no meterán la mano en el plato y entenderán los toques de pito; pero no serán niños, porque la niñez es espontaneidad, libre de uniformes en el cuerpo y en el espíritu, ajena á las voces colectivas de mando, como á las metafísicas convencionales. Un niño que tiene que comenzar por «verlo todo, observarlo todo y preverlo todo» (pág. 58), y aprender, además, de memoria los cinco decálogos de Tolosa Latour y el del Signal de añadidura, no es un niño, es una víctima del «snobismo», cuando no de la ajena vanidad ó de los intereses particulares.

¿Que á los niños se les adoctrina para ser honrados? ¡Valiente novedad! No conozco escuela en que se les enseñe á ser granujas. Pero para ello se les fatiga con ejercicios, que son los mismos para todos y para algunos contraindicalos; se les agobia la inteligencia con aporismos y dogmas; se les castra la espontaneidad y se fomenta en ellos el instinto gregario de pasividad y servidumbre; se les dice lo que han de realizar hora por hora, minuto por minuto, desde la misa en latín (¡que no falta!) (págs. 111 y 113), hasta el merodeo (pág. 114) (1), el viva á las personas reales y los ejercicios de acecho («espionaje dicen en la lalia). Han de rastrear, perseguir, vigilar, hacer campamentos y formar columnas de honor; todo tengan ó no gana, sientan ó no frío ó calor, cuidando de no cometer una falta que conste en su expediente. A todo esto se le llama pedagogía, y un maestro (tal le supongo) se atreve todavía á citar á Rousseau, á Platón y ¡á Spencer! ¡Al autor de «El individuo contra el Estado»! «¡Así se escribe en Español!», dice, refiriéndose á mí, el Sr. Sáinz de Aridino. Tiene usted razón, señor mío; haga usted el favor de remitirme una Retórica de Castellón.

Fortificar á los niños con los juegos al aire libre, acostumarlos á la convivencia con sus semejantes, al respeto á cosas y personas, á bastarse á sí mismos, á auxiliarse, á ser excelentes ciudadanos y personas bien educadas... ¿Quién duda que es ello meritorio? Pero todo esto no es privativo de la institución de los escuchas y, en cambio, está mezclado con absurdos como el de la estrecha disciplina, la sujeción constante, los exámenes (pág. 127), la imposición de opiniones y de creencias, la gimnasia por pelotones y patrullas, mandada retirar por contraproducente, y la privación de independencia, más necesaria al niño que el oxígeno. ¿Convertir al niño en un número? ¿No es privar á la infancia de su candor y su inestimable perfume? ¿No es de temer que el niño así educado se parezca á á «El héroe», de Rusiñol?

(1) Véase «merodeo» en el Diccionario de la Academia.

El niño debe jugar al aire libre, creyéndose solo y estando vigilado. Cada niño necesita un cuidado especial, que no es el del rebaño («Flock»), una alimentación distinta, un traje especial, una pedagogía «sui generis». Uno soporta sin fatiga ejercicios que son para otros aniquiladores. Tal necesita de la soledad como de un bálsamo; esotro se deleita en los libros, y aquel en la observación de las cosas vivas y palpitantes. ¡Y hemos de someter á todos á una reglamentación y á una férula! Cuiden, cuiden los instructores de los escuchas de llevar médicos y practicantes, y obliguelos á ello quien puede y debe. Presumo que tendrán bastante que hacer.

Para fortificar á los niños, mucho antes que la gimnasia sueca, el encender hogueras, el desollar conejos y el hacer nudos de pescador, está la alimentación, que para los hijos de los pobres es insuficiente. De esto no se habla en la cartilla de Jalvo. Los monopolios, los impuestos, los aranceles, las explotaciones de todo género, la insuficiencia de jornales, la falta de higiene en las viviendas, el trabajo de los menores en las fábricas, elevan á cifras aterradoras la mortalidad infantil. Todo esto se remedia, según los discípulos de Baden Powell, jurando la bandera, dando vivas al rey y cumpliendo los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. El niño hambriento, á las cuatro caminatas se convierte en atleta: la anemia se disipa en cuanto el mozalbete tuberculoso se desliza á rastras hasta el campo enemigo. Por mi parte, me permito creer que hacen más por la infancia los obreros de Holanda que recogen á los niños de los huelguistas belgas, les enseñan á odiar la guerra y vigilando sus juegos espontáneos, siembran en sus corazones, propicios á todos los sentimientos nobles, las ideas de justicia y fraternidad.

¡Pobre infancia! Después de ser abandonada, vilipendiada y explotada; luego de padecer anemia y miseria por culpa de ajenas ambiciones, no le falta más que ser privada de sus iniciativas y de su libertad, ingresar en filas y ser educada para la guerra y la desconfianza; servir de pretexto al encumbramiento de los más avisados, y recibir en forma de mandamientos los postulados de una secta implacable, que al cabo de dos mil años de dominio aconseja á los niños el acedío, á los maestros la ordenanza y á los hambrientos la resignación y las caminatas tonificadoras. En verdad, en España se escribe mal y se piensa peor. Impugnador discreto, tiene usted razón que le sobra.

ANTONIO ZOZAYA

El Liberal.

Catolicismo benéfico

La prensa católica y monárquica nos cuenta diariamente las grandes limosnas e instituciones benéficas que hacen las gentes de sus rebaños respectivos. ¡Qué

manera de echar dinero á los pobres de todas clases!

Y me digo:

«Pues, señor: yo, trabajando toda la vida día y noche y sin derrochar un perro chico, apenas tengo una peseta para ayudar á mis prójimos.

Y esos señores que gastan y triunfan y NO TRABAJAN, siempre están dando...»

¿Pero de dónde sacarán tanto dinero los ricos para dar á los pobres?

¿De dónde?... ¿de quién? ¿cuánto? ¿cómo?

No lo publican los periódicos.

Se callan esto por modestia y publican lo otro por humildad.

Cristianismo legítimo: coger en secreto las onzas y repartir desde el balcón los ochavos.

Y á esta hipocresía la llaman beneficencia.

La lamina de hoy

Contrastes

EL CURA

Por la obligación llevado del pobre á la cabecera, sin esperanza de lucro, que los pobres nada dejan, el espectáculo el cura de la agonía presencia.

EL FRAILE

También á otro moribundo el fraile su auxilio presta y con latines su alma á los cielos recomienda, pero no lo hace de valde; y tened por cosa cierta que el fraile no se retira sin su tajada de herencia. Es pues la muerte cristiana, para el que interviene en ella, si fraile, abundante mina, si cura, triste tarea.

UNO DE TANTOS

En la parroquia de Sinobas, provincia de Burgos, servía de ornamento al altar mayor un tríptico. Al enterarse el cura de que era una obra de arte cotizable á buen precio en el mercado, comenzó á trabajar el negocio.

Después de un desfile de anticuarios y corredores de cuadros, el buen párroco llegó á un acuerdo con uno de ellos; mas, hombre previsor, trató de convencer al obispo de la diócesis de la necesidad y conveniencia de enseñar el tríptico famoso. El prelado le prohibió terminantemente hacerlo, pero él se lió el balandrán á la rasurada cabeza, y lo vendió y se embolsó bonitamente el importe.

Con quien no contó el aprovechado presbítero fué con las ovejas de su rebaño, que balaban tan fuerte en señal de protesta, que el obispo se enteró de lo ocurrido, puso los ojos en el cielo y la

diestra en un pliego de papel de oficio dirigiendo á Dios la mirada y el escrito al juzgado; actitud que dió por resultado el ingreso del cura en la cárcel.

Como quiera que la autoridad diocesana alegaba para prohibir la venta del tríptico la oposición del vecindario á que saliera de la iglesia parroquial, el recluso ensotonado aguzó el ingenio y puso en práctica un idea luminosa; la de convencer á los vecinos, mediante argumentos de pesetas, que debían deponer su actitud y dar por bien hecha la venta del tríptico.

No sé en qué habrá parado el asunto, y si el ensotonado continua en chirona; pero confío en que se echará tierra al asunto, pues sería una injusticia enseñarse con ese cura por disponer de lo que no es suyo, estando en libertad tantos otros de su oficio que han hecho lo que él.

D. A fonso y D. Jaime

La Epoca del día 27, con hábil oportunidad, escribe que D. Jaime de Borbón, en la manifestación que en Lourdes le han dedicado sus sectarios, no asistió á la Misa de Comunión General, contra lo que esperaban y deseaban sus adoradores.

Y añade, clavando un alfileretazo á la religiosidad y vida moral de D. Jaime:

«Si supieran los carlistas el catolicismo de D. A fonso (á quien creen un imple) que frecuenta los sacramentos, que hace vida moral de familia... etc.»

Muy bien puesta la banderilla. Y mejor puestos los puntos suspensivos y el etcétera final.

¿Qué querrán decir? ¿Se serviría indicárnoslo el colega?

Extrañeza inexplicable

De El Porvenir Navarro:

«A beneficio de una banda tradicionalista, banda de música zehi, no hay que confundirla con una banda de apaches, se expenden en el círculo carlista de Pamplona, billetes para la rifa de un reloj y una browning. Como si dijéramos, un reloj y un Catecismo de amor al prójimo con máximas de pólvora y balines. ¡La vida está plagada de enseñanzas! Al hombre ya no le hace falta cultura; le basta una pistola para la conquista del mundo.

¿Qué idea le da de regalar una browning.

No me explico la extrañeza del colega.

¿No se rifan ahora sombreros y mantones de Manila para las señoras, y caballos y abonos á las corridas de toros para los hombres?

¿Pues porque no han de rifar los carlistas browningas para asesinar liberales y relices para saber la hora en que deben hacerlo, aunque para tan santo ejercicio todas las consideren buenas?

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

por José Nakens
DOS PSETAS

EL MOJIN



Los que auxilian espiritualmente los curas y los que auxilian espiritualmente los frailes.
Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja,"

Pesetas.

Suma anterior..... 2284 17

Alonso Borrero, (Calañas).... 2'00

Manuel Ramos, 2'00.—Enrique Gómez, 2'00.—Antonio

Corrales, 1'00.—José Corrales, 1'00.—Miguel González, 1'00.

—Generosa Macías, 0'50.—Antonio Cerrato, 0'50.—José

Domínguez, 0'50.—Francisco Tocon, 0'50.—(Todos de

Huelva)..... 9'00

Un librepensador de Sobrescobio..... 1'00

Centro Republicano de Manresa..... 17'70

Tres republicanos de Gerona.. 0'75

Juventud Republicana de Tarrasa, 5'75.—Fermin Plans,

2'00.—Jaime Sanauja, 0'50.—José Estrada, 1'00.—Jaime

Cloter, 1'00.—Francisco Serra, 2'00.—Amadeo Domenech,

0'50.—José Cardona, 1'00.—Paulino Zuragata, 1'00.—Jaime

Aligué, 1'00.—Fernando Fátregas, 1'00.—José Cabós,

1'00.—Jacinto Cò, 1'00.—J. S., 1'00.—S. S., 1'00.—Un jaimista,

0'50.—Miguel Pera, 0'50.—Jaime Martí, 0'50.—Martín

Morros, 1'00.—Juan Antonio Barquero, 11'75. (Todos de

Tarrasa)..... 35'00

R. Ribas, 1'00.—J. Prats, 0'50.—J. Cid, 0'50.—R. Suñer,

0'50. (Todos de Marnou) ... 2'50

Propiedad Ideal, 25'00.—Venancio Sarria, 5'00.—Amadeo

Antón, 2'00.—Luciano Pastor, 2'00.—Franco Flecha, 1'00.—

Manuel Andrés, 2'00. (Los cinco de la Redacción del Ideal).

—Un obrero, 0'25.—Segundo Gracia, 2'00.—Francisco Veli-

lla, 1'50.—José Aya, 1'00.—Antonio Velilla, 0'50.—Joa-

quín Sampietro, 1'00.—Valentín Barranco, 0'25.—Mazín Pa-

lacios, 1'00.—María Maderal, 10'00.—Familia de D. Emilio

Alfonso, 25'00.—Isidoro Benavides, 1'50.—Jesus Ferregüela,

0'50.—(Todos de Zaragoza) .. 81'50

Miguel Franca, (Maella)..... 2'00

Claudio Pérez Rioyo, (Peñafiel)..... 5'00

Saturnino Fustero, (Idem) ... 3'00

Santiago Millán, (La Muela) .. 1'00

Republicanos de Las Casetas. 12'90

Juan Autier, 0'25.—Juan Illa, 0'25.—Antonio Jofre, 0'25.—

Miguel Soler, 0'25.—(Todos de Canet de Mar)..... 1'00

Suma y signe..... 24

Suma anterior..... 2458'52

Juan P. de Burgos, (Buenos Aires)..... 25'00

Petra Hernández, (La Matanza)..... 0'30

Federales de Pedrola 16'00

Republicanos de Leciñena.... 1'00

Suma y sigue..... 2500'82

La vindicación de Mir

SU «OBRA»

Gran enigma es de suyo la Compañía de Jesús y que hace enigmáticos a sus individuos de carácter más sencillo. Y si embrolla y asiniestra al que de si es derecho y sin doblez, ¡qué no hará con los espíritus naturalmente complicados y extraordinarios, cual lo fué nuestro Miguel Mir!

Siendo un enigma ha bajado a la tumba, para revelarnos desde ella el misterio de iniquidad de la Compañía; y ahora que el fruto está maduro y antes que se pase la sazón de discutirlo con firmeza ya que Mir está llamado a ser muy discutido por la posteridad, vamos a procurar dar la clave del enigma suyo, el enigma «Mir», que muy pocos o nadie ha podido descifrar durante su vida.

Al verle discurrir por las calles céntricas de la ciudad, con todo el aire y gesto del jesuita más grave y escrupuloso, nadie habría podido adivinar en él al genio rebelde y agitador que en su cuerpo se revolvía en tempestad continua.

Nadie podía haber descubierto en su hablar reposado y tranquilo, las ideas destructoras que maquinaba y las grandes pasiones que se arremolinaban en su cerebro.

Esta doblez de Mir no era libre en él, ni hija espontánea de su modo de ser. No tuvo mayor deleite que el poder confiar a un amigo su secreto: la secreta tortura y el secreto goce de su espíritu.

Esa doblez, buena o mala, vicio o virtud, facultad superior o deformidad, habíansela impuesto las circunstancias ambientales y su educación en la Compañía de Jesús. Adoptóla como arma obligada en el empeñado combate que sostuvo.

De lo mucho que podría decirse en el estudio de este enigma, y que cualquiera podrá deducir de su historia y de sus escritos, yo voy a señalar solamente lo que quizás nadie más puede saber, ni es fácil indagar, por constituir el verdadero secreto de Mir.

Ha muerto a los setenta y un años. Entró de niño en la Compañía, él y un hermano suyo; la Sociedad se apoderó de la herencia paterna para usos ilegítimos; salió de la secta en el año 1890, a los cincuenta de su edad y después de doce años de lucha para sacudir el yugo. Después de salido, el jesuitismo negro y sobre todo el *lila*, lo han perseguido cuanto les fué dado. Por todo lo cual, Mir es completamente un *becho jesuita*, un fenómeno perfecto de la secta, en cuya ge-

neración y desarrollo han tomado parte todos los elementos pedagógicos del sistema, los del amor y del odio, del favor y de la persecución.

Por sus facultades, fué destinado desde joven a estudiar el mayor problema del Instituto, el «Ignacio», en los manantiales históricos y fuera de la leyenda. Recorrió media Europa siguiendo el rastro al famoso personaje y le acorraló y se encerró con él en los arcanos de la casa Generalicia de Roma, y allí convivió con él años y años, sin más ocupación ni trabajo.

El cariño y veneración con que le mirase primitivamente por considerarle santo y maravilloso según las leyendas que le llevaron a ser jesuita, fueron trocándose en menosprecio y odio al sorprenderle en los actos secretos de su vida. Porque Mir fué para Ignacio el *socio* de la secta, esto es, el espía encargado de seguirle aún en el retrete y de observarle en sus más pequeños actos. Sólo un jesuita podía llevar el espionaje a los sutilísimos puntos y por las enrevesadas vías en que enfocó Mir su perspicaz mirada.

He aquí, pues, el hecho más notable de la vida de Mir: su convivencia perpetua con Ignacio y a solas, en una misma cámara secreta.

II

Cuánto habla de influir sobre Mir el carácter de Ignacio por causa de esta convivencia, de su peso se cae. Unas veces fué contagiado de su esolritu pegajoso; otras, al contrario, la influencia ignaciana, al chocar con el espíritu refractario de Mir, provocó reacciones opuestas, que el biógrafo podrá encontrar en la vida de ambos.

Dejando aparte la prolija enumeración de estas refracciones y adaptaciones, una particularidad vamos a señalar, esto es, la acción del *chauvinismo* regional.

Mir era un entusiasta mallorquín. Y al brotar el odio contra Ignacio, tomó no poca parte este sentimiento, que, según mi juicio, le ha llevado a algunas exageraciones.

Creo que primero nació en él el odio a Ignacio que la enemiga contra la Bisconia, y que comenzó a odiar la Patria de Ignacio por haberlo engendrado. Y andando el tiempo, el odio se transforma al parecer, en sus libros, donde se ve que odia a Ignacio por haber sido «vascongado».

Este chauvinismo tuvo pábulo excelente en el estudio de los dichos y hechos de Jerónimo Nadal, mallorquín, consocio de Ignacio y personaje principal de la organización de la secta.

Había sido inquisidor el Nadal, y además supersticioso. Mir, con su regionalismo, siéntese atraído por su Nadal mallorquín, contra el «vascongado lñigo»; y si bien a veces carga contra Nadal, resulta siempre más benigno con él que con el lñigo.

Quítase con método y cuidado lo que, según Mir, la leyenda atribuye a lñigo y

que él atribuye á Nadal en ese «arquitrabe» del Jesuitismo, y vendrá á resultar esto: que Iñigo fué un *don nadie*, ó como diría en su lenguaje grosero el vizcaino, fué la mala pata de la Compañía; toda la buena sombra, ó la mejor porción de ella, le vino de Nadal... porque era mallorquín, como Mir.

III

Entre los contagios padecidos por Mir en su vida encadenada al Ignacio, debemos señalar las cualidades que sin duda fijarán mayormente la atención de la crítica: la *debilidad*, la *astucia* y la *pertinacia*.

De estas tres condiciones fué gran Maestro el Iñigo. Y aunque es cosa muy sabida por los iniciados en el secreto de la cosa, algunas de estas ideas son contrarias á la creencia general, y conviene resellarlas.

Ignacio, fué ¡he aquí una novedad histórica!, el espejo y modelo de la cobardía, maestro sublime de fugas, renuncios, contradicciones, desdecires y disimulos. La cual cobardía en los peligros, ya se sabe que fuera del peligro pasa á ser procaacidad, guapeza y matenismo. El conjunto de esta procaacidad y de aquella cobardía, componen la otra excelencia llamada *cuquería*; en poseyendo la cual, el jesuita queda perfecto y redondeado.

Mir fué, pues, tan grande como Ignacio en punto á lo cobarde; algunos puntos menos que Ignacio en lo procaaz, y por tanto un puntito inferior á él en lo cuco. De ello se envanecía con vanidad característica delante de n.º. Pero, en donde Mir se empeñaba en ganar el campeonato al Iñigo, era en lo terco.

El decantó siempre de palabra, y por escrito como condición sobrealiente y esencia del carácter ignaciano y alma de todas sus obras, la terquedad. «Constancia» la llama en sus libros unas veces; «tenacidad» otras; «perseverancia... energía... firmeza» y otras equivalentes; pero en el lenguaje amistoso la llamaba *terquedad* y *emperramiento*. Y solía decir, con aquel gesto suyo peculiar de su mano derecha, como si clavase una estaca en el suelo y de un golpe.

—*¡Yo soy más tenaz que Iñigo!*

Y ahí les tenéis. Iñigo, trabajando incansablemente con emperramiento maravilloso y «vizcaino», durante treinta años (desde 1520 á 1550) en su empeño de establecer una secta aráquica y epicuréa, tomando de bases el trono soberano y el altar católico. ¡Y lo logró! En este espacio de tiempo, el que salió de España condenado por la Inquisición y por el Emperador, á través de cien marchas y contramarchas, á vuelta de disfraces y disimulos, regresó á España llovido del cielo y en forma de santo, saludado por los cañonazos del castillo real y por los repiques de la Iglesia.

Pues bien; Mir, no menos tenaz que Iñigo, ha pasado veinte años ó más, en aquel laboratorio mágico de la Biblioteca de la Academia, quieto, callado, afanoso y disimulado, fabricando la bomba con

que volar el mamómetro ignaciano. Y hablando de esta su obra coloral, me decía repitiendo aquel gesto suyo, como si á sus pies viese la cabeza de Iñigo y descargare sobre ella el mazo de su ira:

—*¡Yo mataré á la Compañía!*

IV

En esta su labor, sentía no pocas veces la impaciencia.

Los jesuitas oían el propósito de Mir: sabían que era cuco y que era terco. Quizás estas palabras suenen mal al oído: llamémosle *cauto* y *tenaz*.

Mir sentía hambre de descargar el tajo sobre la Compañía y sobre Iñigo. Pero el golpe había de ser como los de Ignacio, que fué el rey de los caramboles. «Soltar la piedra y esconder la mano», lo cual, en lenguaje criminal se llama *alevosía*, si el golpe es injusto; en lenguaje militar, se llama *estrategia* y *habilidad*; en lenguaje católico, se llama *prudente cautela*, cuando el golpe va contra el adversario; y se llama *perfidia* y *felonía*, cuando el golpe viene del adversario.

Felonía, estrategia, cautela ó alevosía, llámese como se quiera á gusto del espectador, siempre ó con cualquiera nombre que se designe, cuando esta astucia viene de un gran poder sobre un ser débil, la astucia inspira repugnancia y arranca la protesta del público en el teatro. Con ella la autoridad se encanalla y se degrada á bandidaje. Por esto, el magistrado civil ha buscado para estos golpes un cuerpo extrajudicial, llamado policía, y la Iglesia instituyó un cuerpo auxiliar llamado Inquisición.

Pero cuando la astucia viene del débil contra el poderoso, y más si es en defensa propia, y más si es en causa justa, el público aplaude entusiasmado el éxito: entonces la astucia se viste del nimbo glorioso y divino de la *genialidad*.

En este caso se hallaba Mir.

V

Había que acabar con el embuste jesuitico. El tenía fabricada la bomba. Pero ¿quién la disparaba? El no se atrevía... tenía miedo.

Me buscó á mí, que no sentía el miedo.

Quizás no lo sentía, por no haber fundamento de tenerlo. Estaba enfermo y desahuciado: la vida me importaba poco, y con la indiferencia á la vida, venían todas las demás indiferencias. Confieso que mi valor no tenía mérito.

Publicóse la obra en 1901. La bomba fué arrojada. Pero ¡falló el pistón! No estalló. Nadie se enteró del libro, fuera de los jesuitas, que lo cazaron sigilosamente, muy cuidadosos de no llamar con el ruido la atención del público sobre el contenido.

El pistón de disparo estaba precisamente ahí: en ser Mir, jesuita y académico, el autor y el que arrojase la bomba. Esto se ocultaba al público y el jesuitismo tenía lugar de ahogar el trabajo.

Mir comprendió el secreto. La obra, sin su nombre, era una bomba sin pistón.

Pero este pistón le obligaba á poner las manos en la masa públicamente, y esto tenía sus inconvenientes. ¡El miedo!

VI

Mir vaciló varias veces é imaginó muchos recursos. Su primera idea fué la de legar á la postumidad este libro, y con este carácter póstumo, despacharse á su gusto, llamando al pan pan, al tartufo tartufo, al ladrón ladrón y al follón con su nombre propio.

Esta decisión, si mal no recuerdo, databa del año 1903, ó de 1904. Uno de los ejecutores de este plan, había de ser este servidor, distraído luego de estos quehaceres por otros más apremiantes.

Y Mir trabajaba con ahínco en su empresa, ora repuliendo los escritos, ora podándolos de superfluidades, ora claveando sus argumentos. Y, sin perder tiempo, para que la muerte imprevista no le cortase el proyecto, iba imprimiendo de nuevo sobre la marcha los pliegos póstumos, corregidos de su propia mano, y que venían á ser el *testamento cerrado espiritual* del pensador.

También Ignacio tuvo grandes secretos de su vida ocultados á sus contemporáneos para publicarlos cuando no hubiese peligro. También la Compañía procede de igual modo.

VII

Con esto se pasaba el tiempo y el tiempo le traía impaciencias, y cada día le acarrea un disgustazo.

El disgustazo de los avances del jesuitismo en esta desgraciada España. Hoy cazaba el testamento de la Pastrana: mañana el de los Cordero: otro día el de la Pons, el de Serra, el de Martorell... en fin, el diluvio. Hoy pescaban á una gran heredera, mañana á una linda moza, después á una aristocrática... Y Mir daba vueltas á la bomba, sintiendo hervir la pólvora ganosa de estallar y... ¡el miedo!

En compensación de estos disgustos, á cada lunes y cada martes visitábanle nuevos documentos estruendosos, que ingería en la obra, por momentos más potente. Mir se gozaba con goce infinito.

Durante algún tiempo estuvo sólo en este vaivén y hervor espiritual. Creo que nadie conocía sus proyectos, ni sus delicias y sus quebrantos. Su cautela era absoluta. Trabajaba sin descanso. No perdía ripio. Sus amistades eran tributarias de este entusiasmo.

Los agustinos acababan de librar gran batalla contra los jesuitas. De esta batalla fué carga á la bayoneta el libro de Miguelez, *Jansenismo y Regalismo*. Mir se hizo amigo de Miguelez, para poder conocer el arsenal de la Orden contra el iniquismo.

Rivales natos del jesuitismo fueron los dominicos, que ya en Salamanca, en 1527, creyeron descubrir en Ignacio el alma de un soberbio impostor. Mir cultivó la amistad de los sabios dominicos para penetrar sus arcanos antijesuitas.

Los carmelitas fueron los antijesuita, del siglo xvii. La causa del Venerable

Palafox, siempre viva y nunca muerta, sostiene el fuego del odio sacro entre ambas órdenes. Mir pudo ganarles con su obra monumental de Santa Teresa, ídolo de la orden carmelitana, y verdadera Dulcinea de los amores seniles de Mir, que estuvo unido á la traviesa y genial hembra tan fuertemente como ésta se unió con su divino amante. Si ésta mereció ser llamada Tereta de Jesús, mereció el otro llamarse Mir de Teresa con lazo igualmente pasional.

Los franciscanos fueron los grandes antijesuitas del siglo XVIII. Si el general agustino Vázquez era desde Roma el consejero de Manuel de Roda en el negocio de la expulsión, en Madrid era Fray Elea el que preparaba la conciencia de Carlos III en el confesonario y en nombre de Dios, para dar á la Compañía aquella puntilla magistral que no olvidan los *cucos* ignacianos. Mir ganólos á su labor.

Y todos los frailes, sin darse cuenta y sin penetrar el misterio de Mir, aportaron á su empresa los depósitos de sus inquinas contra el jesuitismo.

De modo que esta obra (cosa muy notable para poderla comprender) además del trabajo personal y directo de Mir, condensa y resume el trabajo de todas estas Órdenes. El libro puede llevar la firma de todas ellas. No hay fraile que no firme con gusto esta formidable acusación. El obispo buscaba los colaboradores de Mir. Ahí están: todas las Órdenes religiosas y gran parte del clero secular.

El libro se resiente, con respecto al gusto corriente, de este mismo mérito. Rezuma en la obra el espíritu crítico del fraile y hay muchos capítulos que son geroglíficos pesados para el público, sólo descifrables y saboreables para el erudito en cosas monásticas.

VIII

Así se compuso la obra esta, que viene á desencauzar la crítica histórica del jesuitismo y aun del catolicismo, precipitándola por senderos, que fueron muchas veces soñados, pero que hasta ahora no fueron abiertos con fijeza.

En algunas materias se dice la última palabra y son sentencias definitivas que la Historia y la Crítica podrán razonar y ampliar, pero no corregir.

En otras materias, aparecen huecos y aun errores, á veces muy capitales, de algunos de los cuales quizás me ocuparé en concreto.

El estilo adolece de las fluctuaciones de los varios tiempos y estados de ánimo en que la obra fué escrita. Hállanse trazos homéricos de insuperable donosura; cuadros magníficos y completos; cuchilladas que clavan en el corazón del jesuitismo el cuchillo hasta el mango; bisturizos finísimos y primorosos. La auptosia deja á la Compañía en carcamal. A veces Homero se nos adormece, sin lo cual no sería el buen Homero.

Otras veces Mir es injusto con los enemigos del jesuitismo, para ganar crédito

de imparcial. Hablaremos también de ello.

En conjunto, es la obra máxima sobre el jesuitismo. No tiene el Instituto una obra literaria de este empuje y valor, en su defensa: ni en los ataques de análisis filosófico-crítico, se halla otra de tanto caudal, trabazón y consistencia.

Mir puede estar satisfecho. Su libro deja críticamente aplastado y hecho polvo al jesuitismo: y á la Iglesia y á los Estados les plantea este problema:

—¿Qué hacéis con tanto bandidaje?

La bomba ha estallado esta vez. Los jesuitas lo dicen con el estrépito judicial con que la persiguen.

S. PEY ORDEIX

¡BIEN POR CORUNA!

Esta población ha dado, silbando á Cierva, la orden del día, es decir, de todos los días, á las demás de España.

Que ni él ni Maura puedan ir á ninguna, sin que la indignación popular los silbe, no sólo por lo que hicieron durante su última etapa en el poder, si no por los bravatas y amenazas ridículas que lanzan creyendo que pueden ocuparlo nuevamente.

Es admirable la unanimidad con que la prensa no conservadora juzga la provocación insensata y constante de esos dos hombres funestos.

A continuación publico algo de lo que la prensa dice, para que se afirme en todos los cerebros la idea de que España quedaría deshonrada si consintiese que esos dos hombres volvieran á gobernar.

«Tierra Gallega»

«La presencia del tristemente célebre exministro conservador D. Juan Lacierva, en la Coruña, ha dado ocasión á que el espíritu liberal de nuestro pueblo se manifestase una vez más con todas las espontaneas y hermosas gallardías de su fe en los principios que profesa.

No recordamos, de mucho tiempo á la parte, un acto más solemne y más digno que el acto de protesta realizado anteayer.

Sin alharacas, sin ruidos, sin ninguna de esas preparaciones oficiosas que de ordinario tienen los actos populares, cuando con ello quiere manifestarse un estado de opinión fundiéndose instantáneos en un solo deseo todos los deseos y en una sola voluntad todas las voluntades, bastó al pueblo nuestro la noticia de que el hombre fatídico venía á visitarnos para que el alma pública se alzase con un gesto de arrogante dignidad, significando su protesta contra la aparición inesperada de ese triste político en quien encarnan todas las flaquezas, todas las crueldades, todas las torpes ambiciones de un poder circunstancial reñidamente abierto con los altos predicados de nuestras presentes públicas aspiraciones democráticas.

No hubo en el ánimo de la gran masa obrera, cuyo fué el impulso admirable de esa noble actitud, el más leve propósito de vulnerar las leyes santas de la hospitalidad. De ella habría gozado, sin merecerla, el gran verdugo de todas las patrias libertades, si él hubiera aprendido en la en-

anza de otros pueblos, cuales son los respetos que á éstos debe aquel que los visita.

Pero el Sr. Lacierva, y por él, antes de tiempo, aquellos erigidos en sus representantes, provocaron al pueblo coruñés con el cínico alarde de una ridícula amenaza; y, quien así concita las iras de los pueblos, no tiene ya derecho alguno á que éstos le consideren y le guarden aquellas atenciones que al huésped son debidas.

La actitud insolente en que el Sr. Lacierva tuvo á gala colocarse al cuarto de hora de haber verificado su entrada en la Coruña, justificaría por sí sola cualquier acto de violencia que contra él se hubiese ejercitado; y que esto no ocurriera, debe él agradecer á la extremada cortesía de nuestro pueblo, el más prudente, el más culto, el más sensato de todos en este orden de paciencia para resistir y perdonar tales ultrajes.

Pero la repetición del agravio es peligrosa y el Sr. Lacierva parece gozarse en repetirlo. Cuide, en el tiempo que aún le queda de permanencia entre nosotros, de no extremar la nota de esos alardes cínicos; que no hay virtud que resista á una provocación tan terca y obstinada.

Fuera de aquellos ligeros incidentes á que han dado motivo, de una parte esa actitud inexplicable del cacique de Mula, y de otra parte el sistema cesarista con que los principales obligados á guardar y hacer guardar los legítimos derechos del pueblo han pretendido llevar á éste á una situación de violencias en que él no osaba colocarse, la manifestación de protesta hecha en la Coruña, á la llegada de Lacierva, constituye una nota altamente simpática de entusiasmo, de fe, de resurgir magnífico á la vida de nuestras libertades.

Al poner el pie Lacierva en la Coruña, suspendióse la ordinaria actividad de nuestro pueblo, como si el brazo de la muerte la hubiera detenido en sus avances.

¡Triste sino el de ese hombre que, por doquiera va, paraliza la vida y deja en pos de sí la estela dolorosa de la perturbación y el desconcierto!

¡Es la sombra fatídica que atenaza y oprime los espíritus con la sola evocación de sus maldades y sus fallos sangrientos!

Felizmente para todos, pocas son ya las horas que la restan á ese hombre funesto, de permanencia en la Coruña.

¡Vaya él con Dios, y que no vuelva! Lle va escrito en la frente el sello de Caín, y su presencia es símbolo maldito de todo lo que oprime, de todo lo que escarnece, de todo lo que subleva.

«El País»

El encanto de la silba

Sin eufemismos, pamemas, hipocresías y reservas metales, afirmamos que nos ha regocijado la silba con que la Coruña ha recibido á D. Juan de la Cierva. Dicen de allá que las personas sensatas se duelen de lo ocurrido. Si es verdad que son personas, no puede ser cierto que sean sensatas. Si lo fueran no abominarían de la silba, antes la considerarían algo así como las «fuentes», que es fama tenía la «Duquesa», como las almorranas, con perdón sea dicho. ¿Quitáis la silba, el desahogo de silbar? Pues inducís al atentado personal.

Nosotros odiamos tantos los atentado

cuanto amamos las silbas, bien instrumentadas. La entonada en la Coruña ha sido admirable. Dijérase que habían colaborado Beethoven y Wagner, ambos republicanos, como es sabido; ¡Qué armonía! ¡Que pianísimos más sutiles y melodiosos y que bravos andantes! La onomatopeya era, en verdad, portentosa. Cuando el silbo parecía el disparar del mauser; cuando imitaba el llanto de la madre de Ramón Clemente García. Ya parecía un ¡ay!, ya parecía un ¡olé! La pita fué sabia y bella. Aplaudimos de todo corazón á los silbantes.

Y no es odio al Sr. Cierva, por quien no sentimos ni antipatía; es amor á los sagrados derechos del público que paga.

¡Qué privilegio ha de tener sobre el torero, el cómico, el músico, el autor de dramas y comedias, el hombre público? Sería tiranía absurda la prohibición de los silbidos, de los dictérios, del pataleo y del bastoneo en los toros, en los conciertos y en los teatros. El que gusta del aura popular ha de sufrir paciente el ventarrón de las silbas. Al que le engríe el aplauso público, no se desespere si le silban.

En España es donde menos frecuentes son las silbas á sus hombres públicos. Acaso por eso sea España el país peor gobernado del mundo. Francia, Italia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, han silbado á sus más ilustres políticos. Hasta Gladstone, el inmortal, el grande anciano, oyó los silbidos de la multitud.

Cierva, que aun siendo quien es, tiene indudable superioridad sobre los buscarruidos y buscavidas de su partido, se habrá discretamente holgado de una silba que le eleva á la altura del Sr. Dato. Ya comprendemos que esta nuestra pitada le habrá enfadado más que aquella silba: para desenojarle diremos que más silbaron á Cánovas, no obstante valer un poco más que Cierva, Maura y la patolea juvenil conservadora.

No vale declamar, doliéndose de diestros para fuera, de la incultura y de la intolerancia de las masas. Sobre que ahí está vivo y coleando el cínico, canallesco ardid á que se ha apelado para secuestrar la obra del padre Mir, que justifica todas las violencias, el callar pasivamente y el recibir en triunfo, así á los malos como á los buenos gobernantes, es proceder más digno de esclavos, de cretinos y de eunucos que de hombres y de ciudadanos conscientes.

Se alega que el Sr. Cierva iba como abogado, y no como político. Lo mismo fué á Valencia, y, sin embargo, realizó actos políticos (banquete y un discurso ciertamente discreto, por la doctrina irrepachable). El político ha servido de reclamo al abogado. ¿Quiere el abogado evitarse la silba que merece el político fusilador de Ferrer? Pues con dedicarse al ejercicio de esa profesión retirándose de la vida pública queda á cubierto de los pitos y silbas por siempre jamás, amén.

Que no hubieran cumplido los obreros de la Coruña con sus deberes de hombres humanitarios y amantes de la justicia; entonces la masa conservadora nos hubiese atronado los oídos ponderando el triunfo de sus doctrinas y de su héroe.

Ya podemos—hubiera dicho la caterva maurista, con apariencias de razón—ocupar el Poder, sin que antes ni después de la jura de los ministros haya de estar la nación en estado de guerra; los buenos éxitos alcanzados por el diestro abogado Sr. Cierva en las contratas que ha tenido

en los ruedos ó Audiencias de Valencia y la Coruña, prueban que el partido conservador es el más popular de los partidos políticos españoles.

La silba coruñesa ha servido para demostrar que hay memoria y conciencia, que no se olvida ni se perdona el terror fernandino de 1909, y que Cierva y Maura continúan siendo un peligro para la paz pública. Y esto es algo tan grande como la sinfonía de la Libertad, como los Murmullos de la Selva y como el ocaso de «los falsos» casi dioses.

La bien ensayada, la armoniosa, la inspirada silba de la Coruña es digna de aplausos.

¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Que se repita! ¡Que se repita!

«El Liberal»

Maldición bíblica

«Ayer salió de la Coruña el Sr. La Cierva, despedido por una silba tan estrepitosa como la que encontró á su llegada.

Las demostraciones de repulsa le siguieron á lo largo del camino; fué acogido su paso con silbidos y protestas.

Al través de las comedidas noticias de los correspondientes, se ve claramente lo que ha pasado estos días en la Coruña.

Vaya con Dios y no vuelva, dice uno de los diarios coruñeses, y ese es el grito que, no ya en la España democrática, sino en la España amante de la paz y del derecho, sube á todos, los labios de lo más íntimo de los corazones.

¡Que no vuelva! Ese grito no se refiere tan sólo á la Coruña, sino á toda España. No se concreta á la rehabilitación de La Cierva, que es, como se está viendo desde hace tres años y como acaba de verse ahora, materialmente imposible, sino á la resurrección de una política odiosa, perturbadora, insolente, vesánica, representada, tanto como en él, en el jefe suyo, que el primer día de este año tuvo la audacia de ratificarse en todos los errores y horrores de 1909.

No volverán esos hombres, aunque ciertos pseudo liberales quieran tenderles un cable, traicionando á la nación y traicionándose á sí mismos.

No son ya las ideas y las necesidades de los tiempos las que les niegan violentamente el paso. Es la propia tierra en que ponen la planta la que, ni aun por breves horas, se resigna á aguantar su peso.

En el mundo político, en España y fuera de España, no ha habido caso semejante al caso en que se encuentran esos hombres.

Tres años y medio van transcurridos desde su caída del Poder, y el odio y la animadversión son más fuertes, están más vivos que el día en que cayeron, ó, mejor dicho, se estrellaron.

«España Nueva»

«¡Gallarda situación la de Cierva en la Coruña y en todos los sitios adonde vaya siempre que el pueblo se percate de su presencia porque tengan sus escasos y circunstanciales correligionarios la osadía de intentar hacerle una apoteosis.

Los hombres que han derramado sangre inocente deben viajar de incógnito y con la cara tapada.

Si con estas frecuentes excursiones trata el funesto exministro de pulsar la opinión pública para hacer un cálculo aproximado de lo que pudiera ocurrir si volviese

sen á presentarse ante ella los que en 1909 ensangrentaron á España y la desprestigiaron ante el extranjero, se habrán convencido de que el país los es hostil y el ambiente nacional irrespirable.

La protesta de la Coruña es la parte alícuota de la protesta nacional que estallaría si llegase ese día, por nosotros tan deseado, porque sería el día de la liquidación del Régimen y de la redención de España.

La huelga parcial de los obreros coruñeses es el ensayo de la huelga general que ese día se declararía en toda la nación.

Es un hecho fatal é irremediable, por más de que se empeñen en otra cosa los periódicos conservadores y los elementos reaccionarios.

Maura y Cierva se han acabado para la vida pública, y con ellos su bárbara política, que no tiene ni olvido ni perdón posibles.»

LA GRAN FIESTA

Según los cronómetros de los asistentes á la última fiesta de la guillotina, el honorable verdugo no tardó más de dos minutos en cortar tres cabezas: la de Soudy, la de Callemín y la de Monier; y cuenta que en los entre actos, ó entre cabeza y cabeza, hubo que enjugar de sangre, con una esponja, el tajo; que vaciar el cubo, donde había caído la cabeza ensangrentada, en el cesto; que hacer, en fin, lo que se llama la «toilette» de la Viuda, porque el país es limpio, y la Viuda, después de la cópula asesina con el reo, se lava cuidadosamente como una cocota...

La Vie?

Paradis éphémère,
Quo voile la sombre chimère
Et que couvre un réalisme trompeur
Fait de souffrance et de douleur,

Soudy, que horas antes escribió esto, al salir á la calle en camisa—y con fiebre de tuberculoso en último grado—exclamó:

—¡Qué frío hace esta mañana, señores, qué frío hace!...

Callemín, dirigiéndose á la multitud, observó amargamente:

—¡Es hermoso, ¿eh?, poder contemplar la agonía de un hombre!...

Y Monier, el rústico del triunvirato, dijo adiós á la sociedad.

Echóse de menos una cabeza ensangrentada: la de Dieudonné. Así como antes, cuando fueron á quitarle la camisa de fuerza, lo despertaron, con el susto consiguiente, á la habitual hora de los ajusticiamientos, esta mañana lo despertaron á la misma hora, con otro susto atroz, para anunciarle refinadamente que el presidente de la República lo había indultado.

Prosigamos, siquiera sea un instante, la traducción patibularia:

«Monsieur Lescouvé entró en la celda 13, la de Dieudonné. Este, despertado con sobresalto, se puso derecho, se le dilataron los ojos, palideció, hizo un movi-

miento de retroceder, y, con acento abatido, profirió:

«—¡En fin, es para hoy! Después de todo, tal vez vale más acabar.

«Pero M. Lesconvé enteró á Dieudonné de que su pena había sido conmutada. La emoción era demasiado violenta, y el preso, tembloroso, balbuceó:

«—¡Gracias, gracias!

«Después, su cara se contrajo, aplicó el oído, percibió distintamente el ruido que venía de las celdas vecinas, las de sus camaradas, que salían para la guillotina; cerró los ojos, y sus lágrimas corrieron silenciosamente.»

Dieudonné no ha muerto de guillotina. ¡Morirá de aneurisma! No le matan á tajos. ¡Lo matan á sustos! Yo creo que si tira hasta Navidad, y le van á dar la noticia de que le cayó el gordo, escogerán, como ahora, las cuatro de la madrugada; y al abrir la puerta de la celda, iluminada de pronto por la linterna roja del carcelero, el preso, con los pelos de punta, despertará diciendo:

«¿De modo que, «al fin», me guillotinan?...

¡Ha sido una fiesta, una gran fiesta sangrienta! En el entusiasmo, llegóse á ofrecer 500 francos por una tarjeta de entrada á algo así como un palco con vistas á la charca de sangre.

La multitud, entre las sombras grises de un despertar cadavérico, esperaba de pie bajo la lluvia.

«La multitud—dice un periódico—parecía que tenía más prisa que los verdugos en que el alba, lívida y sucia de sangre, se levantase sobre el lugar del triple ajusticiamiento. Los curiosos, los que tienen el espantoso gusto de estos espectáculos, se izaban sobre bancos. Habían venido á respirar esta atmósfera de tragedia, sonriendo, bebiendo en los «bars», que no se desocuparon en toda la noche, paseándose como en una feria. Y para que fuese completa la ilusión lúgubre, había banderas, como para una fiesta próxima, en la plaza Denfert. Una madre había ido con sus tres hijos y tetando á un recién nacido. ¡Qué alborotar para los ojos de un niño! ¡Y qué alborotar para todas las prostitutas y para todos los granujas, que se precipitaban en las primeras tabernas que se abrieron!»

A pesar de estos refurfaños de alguno que otro periódico, se ha gozado mucho, ¡mucho! Se gozó en la noche anterior á las tres muertes, cuando París comentaba que «la hora de la expiación había sonado» y que los bandidos trágicos «iban á pagar su deuda á la sociedad». Se gozó después, en la vecindad de la guillotina, esforzándose por ver, atisbando el relampagueo del tajo, una nuca lívida, una mancha de sangre, ¡quiera una lágrima temblorosa en un párpado caído, y aplicando el oído para percibir cualquier eco lúgubre, ¡un sollozo siquiera!... Y hoy se goza extraordinariamente con las descripciones patibularias de los periódicos,

todo tan bien que parece que lo está uno viendo, y por cinco céntimos nada más.

¿Comentarios? ¡Qué he de hacer yo comentarios á eso!

Pero ahora recuerdo uno de primera. Fresca de sangre la ejecución del anarquista Henry, Clemenceau, que había asistido á ella, escribió:

«El crimen de Henry me parece odioso. Yo no busco excusas para él. Pero el espectáculo de todos esos hombres asociados para matarlo, por orden de otros funcionarios, igualmente correctos, que, entretanto, duermen apaciblemente, me revuelve como una horrible cobardía. El crimen de Henry es de un salvaje. El acto de la sociedad me aparece como una venganza baja. Que los bárbaros tengan costumbres bárbaras es atroz, pero explicable. Que civilizados irreprochables, que han recibido la más alta cultura, no se contenten con poner al criminal en situación de no perjudicar y se encarnicen virtuosamente en cortar un hombre en dos, no se puede explicar sino por una regresión atávica hacia la barbarie primitiva.»

...Si; pero, como dijo el gran Cillemin, ¡es tan bello el contemplar la agonía de un hombre!

LUIS BONAFoux

N bofetada limpia

Celebrábase un oficio de difuntos en la iglesia parroquial de Tarrasa.

Y cuando más edificadas estaban las concurrentes pensando en el empeño que ponen los sacerdotes en salvar las almas de los difuntos cuyas familias son generosas con ellos, ¡paf! ¡paf! oyen un ruido de bofetadas que los deja estupefactos.

Dirigen la mirada al sitio de donde el ruido partía, y ven que el ministro del Dios de paz y caridad era el que se las administraba al monaguillo que le ayudaba en su santa tarea.

Cuando él lo hizo, su razón tendría.

Y quizás haya algún ignorado y simbólico versículo del Evangelio, que recomienda á los sacerdotes desencuadrar á los monaguillos en los oficios de difuntos, para abrirles las puertas del cielo, á la vez que la cabeza.

Yo no lo he leído, mas me guardaría de negar que existe.

¡Hay tantas cosas en los Evangelios que no entiendo!...

La autenticidad del libro

Sobre ella, escribe jesuiticamente *El Universo* lo que va á ver el lector:

«No sabemos por qué caminos, ni con qué originales se ha impreso una llamada *Historia de la Compañía de Jesús*, con el nombre del P. Mir como autor del libro.

No debe de haber sido legal tal publicación, cuando el juzgado de primera instancia del distrito de la Latina ha prohibido la venta de ejemplares.

La prensa radical empieza á lamentarse

del caso, atribuyéndolo á causas misteriosas; pero ello no tendrá más misterio, que alguna persona allegada al difunto padre Mir habrá impedido por medios legales que cuatro desalmados exploten indignamente la memoria de aquel ilustre escritor (que en paz descanse).

¿Con que no sabe el diario clerical por qué caminos ni con qué originales se ha impreso el libro?

En cuanto á la edición de 1906 y de 1913, su editor Sr. Ratés tiene la palabra. Nosotros podemos adelantar solamente, que á los principales capítulos de estas ediciones sirvieron de originales los impresos en Barcelona de la edición de 1900. Y que para esta edición de 1900, sirvieron de originales AUTÓGRAFOS del P. Mir, QUE SE CONSERVAN.

El confesor-policia

Hasta aquí sabíamos que el confesionario era un centro de espionaje disimulado para los jesuitas y para uso político de la secta. Ahora nos advierten que en Barcelona el confesionario era utilizado como auxiliar de la policía antiterrorista.

El sueto en que la prensa publica esta invención católica, dice así:

«Desde hace algún tiempo venían presentándose en varias iglesias algunos individuos solicitando ser confesados. Al haberlo comunicaban al confesor que tenían noticias de que en breve iban á llevarse á cabo atentados terroríficos, y algunos se acusaban de tener intervención directa en los complots; pero que, arrepentidos del delito que iban á cometer, venían á implorar perdón del confesor para que en descargo de su culpa les impusiera la debida penitencia.

A la vez le encarecían al cura de turno el cumplimiento del secreto de la confesión, por lo que pudiera comprometerles.

Como su objeto al confesarse era el de salvar á la sociedad, amenazada de tan graves daños, recomenlaban al confesor previniese al obispo y á las autoridades.

La repetición de esta confesión llegó á despertar sospechas, habiéndose podido comprobar que los arrepentidos terroristas eran unos «viva!es» que se valían de ese procedimiento para timar unas pesetas, pues se sabe que casi todos estos socios percibían dinero por ampliar sus confesiones.»

¡Lo que puede el hambre de los miserables y la ambición de los ministros del Señor!... ¿En qué Catecismo ni en qué sermón, ni en cuál libro de piedad se enseña que el confesor sea ó pueda ser un agente de la policía, que escoja confesiones exactas ó fantásticas, para llevarlas á la autoridad civil? Este es un uso profano sumamente peyoroso, indecoroso, sacrilego y propenso á toda suerte de inmoralidades.

Porque cualquier clérigo puede decir que ha sido autorizado para revelar á la autoridad secreta de confesión, sin haber recabado tal facultad del penitente.

Y aun puede él inventar cualquiera confidencia para dañar á sus contrarios ó favorecer su causa, según más de una vez ha ocurrido.

En todo caso, se juega con el sigilo

sacramental, tan ponderado de los católicos, y que, como se ve, pasa á ser un secreto de policía y un nuevo servicio de vigilancia á nombre de los partidos.

He aquí un nuevo oficio que debemos añ dir á los muchos de este siglo.

El de perro-policía y el de confesor-policía.

Ni la policía podía llegar á más, ni el confesonario á menor.

¡Cualquiera criminal va á confesarse!

R. MAYOL

El origen de todo mal

El periódico *El Combate*, de Novelda, publicó un articulillo medio en serio, medio en broma, combatiendo la idea de llevar á la población la Patrona del pueblo, Santa María Magdalena, existente en el castillo de la Mola, con el objeto de celebrar una novena para rogarla que lloviese; aconsejando, con muy buen sentido, que lo que habían de gastar en la procesión, lo dedicasen á construir un canal para el riego de los campos.

El círculo carlista protestó en una Hoja suelta del artículo; le formaron *pendant* con otra Hoja el párroco y el alcalde, y por consecuencia de esto metieron en la cárcel al obrero José Clemente, como presunto autor del escrito.

Hay que desengañarse.

Mientras no puedan los ciudadanos que no creen en una religión cualquiera decir de ella lo que sus partidarios dicen de las otras, la Humanidad no comenzará á civilizarse.

¡Oh religiones! Pese á los que os calumnian suponiendo que moralizáis al hombre, sólo servís para hacer hipócritas y malvados. Todas, absolutamente todas. Y el que lo dude, que vea lo que dicen de las demás los partidarios de cada una.

El atentado personal y los jesuitas

Hace pocos días apareció en nuestro semanario una lacónica reseña bibliográfica en que se da cuenta de la aparición de un libro que lleva por título el que encabeza estas líneas.

La importancia transcendental de la obra y los méritos de su autor, nuestro asiduo colaborador *Fray Gerundio*, tan popular en Cataluña por sus escritos y campañas, merecen que hablemos con alguna detención de este libro, *único en su género*, pues no se ha inscrito nada similar en España ni en el extranjero.

Lo teoría de la licitud del atentado personal siempre que se trate del adversario político ó religioso, es genuinamente católica, y de un modo especial jesuita, defendida con entusiasmo y practicada siempre que las circunstancias se lo han permitido por la Compañía de Jesús, cuyos escritos han defendido siempre la propaganda por el hecho y el atentado

con más saña que la más furibunda escuela anarquista. Canalejas cayó ayer, *por castigo del cielo*, como ha caldo hoy el republicano Peñasco por ser radical. El clericalismo tiene contadas todas sus víctimas y las va sacrificando una á una con una sangre fría aterradora, y lo que es peor, creyendo que al asesinar realiza una obra santa, meritoria, piadosa.

Así han presentado el atentado personal los teólogos y moralistas jesuitas. Toda la primera parte del precioso libro de *Fray Gerundio* no tiene otro objetivo que éste, y en ella se hace un estudio crítico completo de todas estas máximas y teorías que se citan al pie de la letra, fielísimamente traducidas del latín, en las que aparecen conceptos, afirmaciones, soluciones y doctrinas que si se hicieran populares, las gentes se quedarían horrorizadas, siendo un verdadero milagro el que no haya más crímenes y asesinatos que los que se cometen, una vez que las puertas del cielo quedan patentes para el más feroz asesino.

La segunda parte de este libro contiene el relato minucioso de todos los grandes atentados históricos realizados con intervención ó por influjo y sugestión de los jesuitas, habiendo hecho el autor un estudio minucioso de todos los procesos que se formaron, sacando á luz detalles y circunstancias que escaparon á la penetración de los contemporáneos, quedando demostrada la intervención de los jesuitas en estos atentados de un modo tan claro y evidente que no es posible dudar alguna.

El autor no quiere que se le crea por su juicio y autoridad; no hace una afirmación sin ir acompañada de un cúmulo de pruebas y documentos que los acusados no pueden rechazar porque están tomados de su mismo arsenal y son condenados con sus propios juicios y sentencias, procedimiento de crítica-histórica muy poco usado por los polemistas, y que realmente es el único eficaz y práctico con adversarios de este jaez.

Toda la tercera parte (más de 190 páginas) está reservada á los documentos y testimonios históricos, la mayoría de ellos *inéditos*, sacados del polvo y olvido de archivos y bibliotecas y de rancios volúmenes, rarísimos hoy y desconocidos en absoluto por la actual generación. Todo esto lo aduce el autor para remachar más el clavo, para saturar al lector de argumentos, pruebas, razones, testimonios, con tal variedad y abundancia, que constituyen una verdadera enciclopedia sobre el atentado personal preconizado y practicado por los jesuitas.

A pesar de tanta erudición histórica y doctrinal como hay atesorada en este libro, fruto de una intensa labor y de una investigación muy laboriosa, son tantas las anécdotas, hechos, sucesos, episodios, relatos, aventuras, etc., etcétera que en él se citan, que el libro resulta amenísimo y tan atractivo que se lee con el mayor deleite, pues la atención del lector se encadena y cautiva de página en página, y no hay un solo párrafo

que resulte pesado ni árido, pues todos están matizados de una nota de tan atrayente interés, que hace olvidar en absoluto que el libro que se tiene entre las manos sea de crítica histórica y de controversia.

El autor ha retado en la Prensa á los jesuitas á que desmientan ó demuestren no sólo la falsedad total del libro, pero ni de uno siquiera de sus mínimos detalles, y hasta ahora la Compañía de Jesús y sus corifeos permanecen silenciosos.

Con ser tanto lo que se ha escrito contra los jesuitas, no dudamos en afirmar que este libro de *Fray Gerundio* ha sido el ataque más formidable que en estos tiempos se ha inferido á la Compañía de Jesús, obra sólo comparable á las *Provinciales* de Pascal en el siglo xvii.

Quisiéramos ver este libro—que se halla de venta en nuestra administración—en manos de todos los republicanos y avanzados, pues en él hallarían un arsenal inagotable de armas que esgrimir contra nuestros enemigos.

Gracias

Se las doy muy encarecidas á *La Lucha* de V. go. por haber tirado á *El Faro* (¿Apagado?) de aquella población una pedrada de primera, por lo que de mí dijo con intención de neo. Pero no merecía la pena de haberse molestado.

En este número verá lo que le digo á *La Epoca* á propósito del mismo asunto.

Un apretón de manos y a la recíproca.

PLEITO INTERESANTE

Muy en breve tendrá lugar en el Tribunal Supremo la vista de un recurso de casación, interpuesto contra la sentencia dictada por la Audiencia de Madrid en pleito seguido contra el Banco de España por un empleado del mismo, sobre reposición en su destino ó indemnización de perjuicios.

Es interesante este pleito, porque la sentencia que recaiga determinará si el empleado del Banco que obtiene su destino por oposición, debe respetar y ser respetado en los pactos establecidos en un contrato legal con dicho establecimiento, ó si, por el contrario, dicho empleado es una especie de menestral ó simple bracero expuesto á los caprichos de su señor.

Se trata, pues, de un empleado del Banco de España que fué procesado por suponerse complicado en cierto delito cometido en dicho Establecimiento, y por este motivo se le suspendió de empleo y sueldo hasta que los Tribunales de justicia determinaran sobre la responsabilidad que pudiera caberle.

Seguido el sumario por todos sus trámites, en el acto del juicio oral el Jurado, por unanimidad, declaró la inculpabilidad del referido empleado, dictándose

en su virtud sentencia absolutoria con todos los pronunciamientos favorables.

A los pocos días de esta resolución, el empleado absuelto, suponiendo, como era lógico, que la suspensión acordada quedaba sin efecto de hecho y de derecho, puesto que los motivos que dieron lugar á ese estado transitorio habían desaparecido con la sentencia absolutoria, elevó instancia al Banco para que le señalase día en que poder reanudar sus tareas, cuya instancia pasó á informe del señor Secretario general, quien dictaminó en el sentido de que procedía la rehabilitación del referido empleado y entrega al mismo de los sueldos devengados desde la fecha en que fué suspenso. La Asesoría también informó, manifestando estar en un todo conforme con el dictamen del señor Secretario general, y que nada tenía que añadir al mismo después de leída la sentencia dictada por la Audiencia de Madrid. Este informe fué refrendado por el entonces Jefe de dicha Asesoría, don Francisco Belda, hoy Sub gobernador del Banco, decretando después el Gobernador, con el carácter de Suprema autoridad del Establecimiento, conforme con dichos informes.

Sin embargo de este decreto, el Consejo del Banco, sin atribuciones para ello y sin motivo que lo justifique, acordó la separación absoluta del referido empleado.

Y este arbitrario acuerdo ha sido el origen del pleito que nos ocupa, pleito que en 1.ª y 2.ª instancia se ha fallado contra el empleado, á pesar de los informes y decretos testimoniados en los autos, y de reconocer las sentencias de ambas instancias que entre el Banco y sus empleados existe un contrato que no puede rescindirse por voluntad de una de las partes.

La sentencia condenatoria de primera instancia, confirmada por la Audiencia, más que al mismo perjudicado sorprendió á la representación del Banco que, convencida de la razón que asistía al empleado demandante, no ocultaba esa convicción para manifestar públicamente que el caso era de tanta justicia para el ultimo, que esperaban tranquilos una sentencia que así lo declarara.

En la conciencia de todos los empleados del Banco está también el convencimiento de que el compañero que en este pleito litiga, ha sido víctima de un atropello reglamentario, porque, estándolo en la de los prestigiosos funcionarios que han emitido por escrito sus informes favorables, y en la del Gobernador que, conforme con ellos, decreta la reposición, es de suponer que los demás, con quienes ha compartido trabajo y amistad por tantos años, estén inspirados en el mismo concepto.

Este es un pleito en el que se ventila una delicada cuestión de honor que afecta á todos los empleados del Banco, en el que se discute lo que no debiera discutirse: la honorabilidad de un hombre que por espacio de veinte años ha sido un empleado digno de la consideración

del Banco y el respeto de sus compañeros; honorabilidad puesta á prueba en un proceso criminal con sus horrores y consecuencias; honorabilidad que al pasar por el tamiz de la justicia se le ha visto pasar filtrada como el agua cristalina. Y, sin embargo, el Banco no omite medio de anular ese excelente concepto que avallora más y más la dignidad de quien fué su empleado, esforzándose por esculpir sobre su frente y la de su inmaculada familia ese estigma de desprecio ante la sociedad, cerrándole con ese proceder las puertas del trabajo y sumiéndole en una situación de miserias.

El perjuicio material sufrido por dicho empleado, está probado en los autos con la separación arbitraria de su destino y privación del disfrute del sueldo y derechos adquiridos como tal empleado para sí y sus sucesores, y como consecuencia de esto, el perjuicio moral es incalculable. Es de esperar, pues, que el Tribunal Supremo ha de apreciar, como es justo, la situación creada al empleado que litiga con motivo del atropello sufrido, y evitar la desgracia que se cierne sobre su honrada familia, no dudando que dictará una sentencia que ponga á salvo los derechos de los empleados de aquel establecimiento que obtuvieron su destino por oposición sobre la base de la inamovilidad; y si, como es de esperar, así lo hace, procederá en armonía con lo que sienten los señores Jefes que han dictaminado en este asunto, y de perfecto acuerdo con los dictados de la conciencia de todos los empleados del Banco de España.

J. B. SANCHIZ

Chismes reales y la Enciclopedia de D. Dalmacio

Leo en un periódico la siguiente noticia:

«La novela de los amores del duque de los Abruzzos con la famosa Miss Elkins no se acaba nunca. Siempre tiene un *se continuará*».

«¿Ha dado, ó no, la Casa Real de Italia su consentimiento? De nuevo formulan hoy los yanquis esta pregunta.

«No hace mucho, los periódicos de Roma anunciaban la partida, en circunstancias misteriosas, del Duque y de la Duquesa de Guisa para Nueva York, á bordo de un buque americano. Parece que llevan una misión que cumplir, y que otra vez se trata del matrimonio del Duque con la Miss.

«Por otra parte, los periódicos yanquis anuncian que, por prescripción facultativa, va á hacer Miss Elkins un viaje á Europa.

«¿Se casarán? ¿No se casarán? En los Estados Unidos hay comprometidas muchas apuestas, y algunas de muy crecidas cantidades.»

Y después de leída, recuerdo vagamente que el duque de los Abruzzos, hijo de Amadeo, y madrileño por cierto, está ya casado. ¿Dónde lei tamaña inexactitud?

¿Dónde había de ser! En un libro cle-

rical, que no sabe lo que se pesca. En la Enciclopedia Espasa, de Barcelona, tomo 1.º, pág. 712, columna 2.ª, que dice así: «El mismo año (1906) se casó con una princesa servia».

¡Mentira, mentira y mentira!

Fiense ustedes de las publicaciones redactadas por jesuitas y frailes de toda laya. ¡Vaya unos maestros!

Como en este periódico se han sacado á relucir ya los enormes disparates é inexactitudes de la Enciclopedia Espasa, vaya este nuevo botón de muestra.

K. TALAN

Castigo del cielo

Leo en *El Deber* de Tarrasá:

«En Montauban (Francia) ha sido condeñado á veinte años de trabajos forzados un clérigo por haber abusado de una do cena de niñas, la mayor de trece años.

Está visto que las corrientes modernas de que están poseídos los magistrados franceses, las aprovechan para perjudicar sistemáticamente á la religión.

¡Qué sarcasmo! ¡Atreverse á condenar á veinte años de trabajos forzados á ese ministro del Señor, después de los forzados trabajos que debió realizar para introducir pacíficamente en los cuerpos de las tiernas criaturas las santas máximas cristianas!

Eso es no tener piedad ó haber sido educado en alguna escuela laica.

Cosas de Francia.»

¡Desventurado país! ¡Así está él de floreciente y próspero!...

Echad como nosotros el manto de Constantino sobre las disculpables distracciones de los ministros del Señor, y se vería como está el nuestro, pletórico de hambre, exuberante de miseria moral y material, y á la cabeza del salvajismo.

Bibliografía

El semanario *El Porvenir del Obrero* de Mahón ha publicado un hermoso libro titulado DINAMITA CEREBRAL; los cuentos anarquistas más famosos, en el que ha coleccionado las más bellas producciones de los literatos más eminentes.

Zola, France, Mirbeau, Malato, Maeztu, Pí y Margall, Pí y Arsuaga, Lorenzo, Mella, Prat, Burell, Azorín y otros muchos autores firman los cuentos que componen dicha colección, haciendo la más acerba crítica de la organización actual con narraciones que se leen con deleite y quedan fijas fácilmente en la imaginación.

El libro está muy bien presentado, con llamativa cubierta á tres tintas y se vende al precio de una peseta.

A esta obra seguirán otras no menos interesantes, según anuncian los editores.

Los pedidos pueden dirigirse á la Administración de dicho periódico, calle de Bñ y Margall, núm. 23.—Mahón.

Dios ante el sentido común

UNA PRUEBA

IMPRENTA DE DOMINGO BLANCO-LIBERTAD 31